

0010

Dístr.
RESTRINGIDA
E/CEPAL/R.362
27 de julio de 1984
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina

UNA MEDITACION SOBRE LA JUVENTUD Y LA CULTURA */

*/ Este trabajo ha sido preparado por el señor Carlos Martínez Moreno, Consultor de la División de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina. Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

84-7-1050

20265

I)

Indice

	<u>Página</u>
Resumen	1
I. INTRODUCCION	4
II. EL LENGUAJE DE LOS JOVENES	15
1. Los jóvenes y la política	17
2. Retrato del indiferente	22
3. El perfil de lo anómalo	26
4. La delincuencia de los jóvenes	29
5. Cómo se organizan y en qué creen los jóvenes	31
6. El exilio perpetuo	35
III. ¿TEMPERAMENTOS, SOLUCIONES, DESEOS, RESPUESTAS?	38
Notas	40

RESUMEN

El tema de la juventud ha dejado, hoy, de situarse en una hornacina y nos concierne a todos, creándonos responsabilidades que van más allá del papel de simples espectadores.

Pero, además, en un continente de tanta heterogeneidad cultural como América Latina, sería un exceso de abstracción partir del supuesto de la existencia de una sola juventud, allí donde hay muchas y muy variadas.

Ante todo, está planteada una cuestión de identidad; quiénes son los jóvenes? Toda delimitación tiene algo de artificioso, pero se ha convenido en considerar jóvenes a aquellos individuos que tienen entre 15 y 24 años, que han franqueado ya los umbrales de la pubertad y no han llegado a la plena adultez. Uno de cada 5 habitantes de América Latina se halla entre esas edades y esa cifra mide la importancia de la presencia juvenil en nuestras sociedades. Los contextos históricos son siempre cambiantes y ellos dictan comportamientos diferentes a la juventud, según sus niveles de educación, de cultura, de hábitat, de medio (urbano o rural), de ocupación, etc. Los medios urbanos reúnen hoy los 2/3 de la población juvenil en América Latina y el aflujo de jóvenes desde el medio rural a las ciudades se cumple con el ritmo de un proceso creciente. La incorporación del joven al medio urbano es más ardua que su asimilación en un medio rural donde haya vivido siempre; y los niveles de marginación son mayores, hasta el punto de desleír incluso el sentimiento de pertenencia a una sociedad y a una nacionalidad. El crecimiento de nuestras hoy grandes ciudades, a expensas de la despoblación del medio campesino, es una cuestión preocupante. La literatura ha registrado con alguna tardanza ese proceso; y ha seguido hablándonos con nostalgia del gaucho, del llanero o del peón rural cuando tales espécimenes estaban ya en trance de virtual desaparición. Pero hoy un fenómeno como el del boom de la narrativa ha sido asumido por jóvenes a quienes en principio no estuviera servicialmente dirigido y ellos han sostenido y dado aliento a un fenómeno estimulante de creación artística a un nivel exigente, abonando -al menos a un nivel receptivo- una presencia generacional firme y auspiciosa.

Las universidades -en América Latina más que en Europa-, por las condiciones dispares del medio, han sido centros irradiantes de cultura e instituciones creadoras casi únicas en nuestras sociedades, institucionalizando (a partir de 1918, reforma universitaria de Córdoba) una presencia de primera línea. Y dado el carácter crítico, contestatario de nuestras universidades, que ha hecho que los términos de creación cultural y establishment político sean más antagónicos que confluyentes, la juventud ha tenido, a través de las universidades y las luchas por su autogobierno, un papel más creador y participativo del que, por lo común, le ha sido adjudicado dentro de los cuadros políticos y de las instituciones del Estado.

Un punto todavía incierto es el de cuál será el papel reservado a los jóvenes en la verdadera revolución que se está operando en los campos de la comunicación y en el perfil de una sociedad de masas, tal como la que pergeñan los avances de la informática. A niveles

elementales se advierten progresos en la aptitud para expresarse del hombre de nuestro tiempo. Pero ese mejor nivel general no se dará a expensas de una merma en los procesos de la originalidad vital?

Si se estudia a los jóvenes en su lenguaje, es visible su reticencia y desconfianza para dejarse manejar por los mayores, tenidos por más sabios o por más poderosos, a través de las redes del lenguaje; y eso no se da siempre de modo que los más comunicativos sean los más educados o los más cultos sino, muy a menudo, en un proceso de razón contraria. Por lo demás, para comunicarse entre ellos o a partir de experiencias de su vivencia generacional y común, los jóvenes llegan muchas veces a la elaboración de un lenguaje críptico, como el de "la onda" en México, que les otorga una presencia propia y a veces resistente y hostil.

En política, el joven suele recelar las formas corrientes de ideología o militancia, no tanto ni predominantemente por indiferencia sino por sentir que esos carriles no responden a sus necesidades específicas de una expresión propia. El joven alternativamente se compromete o se retrae según ese sentimiento de lo que le concierne o le es ajeno. Algunos han hablado del parricidio que se opera en la lucha entre las generaciones y que, en muchas circunstancias, es evidente y cierto; aunque también en otras la tendencia asume el signo contrario y pueda hablarse del filicidio, del exterminio a que una sociedad suele aparecer empujando a sus jóvenes (los desaparecidos en Argentina, la vía desesperada de la acción en la militancia de la guerrilla). Lo evidente es que a veces esa exigencia de absolutos y esa opción por el propio martirio suele estar en los mismos jóvenes. El joven siente devoción por el que se inmola y desdén y reprobación por el pusilánime, que se deja victimar sin ninguna arrogancia. Hay en los jóvenes actuales cierto rechazo a dejar que se les envuelva en la totalización de las ideologías en boga y un reclamo irrenunciable de las formas de la libertad, asumidas en todos los órdenes de la conducta. Existen también, en la juventud, las rebeliones que se resuelven en la indiferencia, pero ésta da curso -las más de las veces- a una disposición escarmentada y taciturna antes que a un vacío neutral.

La participación de la mujer, en grado de igualdad con la del hombre, sobre todo a niveles más cultos y muy especialmente en los medios universitarios, es un hecho insoslayable en esta época, toda vez que se hable de juventud. No se da tanto como afirmación explícita de un ideario feminista sino como término de un proceso, duramente trajinado a través de todo lo que va del siglo, de lucha de la mujer por su liberación.

Los modos de las conductas anómalas -como la delincuencia, la drogadicción y la homosexualidad- no deben inducirnos nunca a satanizar una edad del hombre, la de su juventud, y -por el contrario- se explican en ella por factores de soledad, aislamiento, adversidad o bloqueos que el joven siente provenir a menudo, en contra suya, desde el medio social y lo determinan a adoptar modos de reacción que suelen ser la expresión de su descontento, de su rechazo y de su protesta,

que pueden exacerbar una apariencia de maldito que los hechos, mejor considerados, no justifiquen.

Una sociedad que no ha sabido crear mitos -por lo menos a los ojos del joven- y que lo acosa, bloquea y rodea de amenazas de incomunicación suele ser tan responsable como el joven mismo -si no más- por la asunción de estos temperamentos anómalos.

La reacción deliberada, y con ánimo fractural, esbozada como un gesto contra lo que se siente como la hipocresía de los adultos, está muchas veces en la raíz de tales actitudes.

La solución no debe ensayarse con ninguna predilección por lo meramente represivo. Las cárceles son males por ellas mismas y muy a menudo sólo sirven para adelantar el reloj en ciertas carreras de la delincuencia o para tornarlas irreversibles cuando, con otros métodos, aún se estuviera en tiempo de retroceder. Es paradójal pero cierto, que es la gente más desapercibida socialmente la que, por un erróneo sentimiento de seguridad, suele creer en las cárceles, siendo que históricamente es la condición que corre más riesgo de convertirse en carne de presidio.

Con ánimo afirmativo, hay que inclinarse a indagar en qué creen los jóvenes, por cuáles valores sociales ambicionan afirmarse y dar fe de su existencia, por qué objetivos y logros están dispuestos a luchar y hacer luego que esas metas se les factibilicen. En los tiempos más duros y adversos suelen a veces alentar las formas de reacción más saludable. Y en esa proyección hay que considerar ciertos vehiculos por los cuales la juventud se inclina, desde las formas de lo nuevo hasta las formas de lo contestatario, tal como sucede en el caso de la canción de protesta.

Participación, desarrollo y paz son los logros que sería saludable auspiciar en la actitud de los jóvenes, sin tratar de forzarlos autoritariamente a reclutarse o engancharse en ellos. Porque con algunos de esos valores (participación y desarrollo) el mundo sería más fecundo y asequible para sus virtualidades; y sin el último de ellos (paz) el mundo desaparecería en la peor de las hecatombes imaginables.

I. INTRODUCCION

El tema de la juventud ha sido desacralizado. La famosa frase de Rodó en Ariel, según la cual hablar a la juventud es una forma de oratoria sagrada, suena ya a anacrónica. Y el concepto encristalado sobre la juventud y sobre los temas de la juventud que tal sentencia revela, se ha perdido hoy en beneficio del sentido más íntimo y menos solemne de pertenencia que el anuncio de estos conceptos convoca; y se ha perdido también a cuenta de una inquietante alusión (difusa o concreta) que nos concierne, como si la refiriéramos a nosotros mismos y tuviéramos que justificarnos como sujetos, toda vez que hablamos de la juventud. Estamos implícitamente enjuiciados, no sólo ni siquiera principalmente por el uso que hayamos hecho de nuestra juventud, sino por nuestra responsabilidad (algo más que de espectadores) acerca del modo en que nos hayamos comportado frente a la de otros: a la juventud de nuestros hermanos, a la de nuestros hijos, a tantas más que nos hayan tocado o rozado a su paso y acaso hubieran cambiado en la medida en que nuestra misma conducta hubiera podido ser diferente de lo que fue. Podría haberlo sido o es ese un espejismo que nos depara el tiempo?

Pero además es que hay una sola juventud? no es un exceso de abstracción suponerlo? Si, seguramente sería una engañosa generalización en cualquier lado; pero lo es más aún en América Latina, vista la heterogeneidad cultural que distingue a nuestro mundo. Qué tienen de común, en efecto -fuera de los obvios correlatos de una misma edad biológica- un campesino boliviano de dieciocho años y un joven universitario de Buenos Aires?

No hay una sola sino muchas juventudes, pues. Y a pesar de que ese abigarramiento y esa diversidad en las perspectivas entorpecen y desalientan la visión de quien se acerque al tema, quizás fuera más fácil ponerse de acuerdo en un diagnóstico de las causas de cuanto le ocurre a la juventud que en una formulación de las propuestas llamadas a transformar el cuadro o, por lo menos, a operar sobre él. No es que la diagnosis sea menos compleja que el tratamiento; el grado de dificultad de una y de otro debería equivalerse o corresponderse. Pero en tanto la diagnosis y la prognosis son descriptivas y valorativas, los probables tratamientos a discurrir suponen, además, dificultades factuales. Las primeras requieren, en todo caso, investigar, cuantificar, evaluar, ponderar y, en definitiva y sincréticamente, saber; las políticas, en zonas muy escabrosas y trabadas por muchos imposibles prácticos, reclaman poder. Y saber supone puntos más nitidos y viables que poder, en el ámbito de los estudiosos. Y otro tanto acontece, aunque a primera vista parezca radicalmente lo contrario, en el dominio de los gobernantes.

Antes que nada, hay que proponerse la cuestión de identidad. Quiénes son los jóvenes? Ya en tiempos de la Roma clásica, y vinculado al punto de la capacidad civil de los jóvenes y de su responsabilidad civil y penal, como autores de conductas, por sus actos, lo debatieron proculeyanos y sabinianos, controvirtiendo las

ventajas de atenerse genéricamente a una edad determinada y a las presunciones que pudiesen derivar de ella o de averiguar casuísticamente, en la especie, la existencia o ausencia del discernimiento en el desarrollo de cada individuo. Toda fijación de un límite supone afrontar, a sabiendas, el azar de lo arbitrario, aunque busque hacerlo afirmándose en mayor número de pautas posibles, en las certidumbres relativas de la comprobación estadística.

Por experiencias relativas a las etapas del desenvolvimiento biológico y a las edades de la mente, se conviene en llamar jóvenes -a fin de individualizarlos dentro del cuerpo social- a quienes se hallen situados entre los quince y los veinticuatro años, desde que se franquea el umbral de la pubertad hasta que se llega al comienzo de la adultez. Cuando se dice que de cada cinco habitantes de América Latina uno es joven, cuando se evalúa -en los censos- el número de los jóvenes (sobre totales de población, sobre número de sujetos en la edad activa, sobre masas de gente empleada, subempleada o desempleada) se está refiriendo el concepto de juventud a ese espacio que media entre los quince y los veinticuatro años. Ya se sabe que, a niveles de educación distinta, de ocupación diversa y de medio diferente, no es lo mismo un hombre de quince o veinte años de edad en el medio urbano que en el campo. Pero, mantenida la conciencia viva de esas salvedades, ella sirve para manejarse y establecer algunos raseros ya que, a falta de ellos, la sola invocación de la condición humana adolece todavía de una mayor y más inasible vaguedad. La educación, el hábitat, las etnias crean las a menudo incolmables diferencias. De todos modos y aunque, por el irrealismo de una ilusión emparejadora, supusiéramos a los individuos cuajados en ellos mismos, fijos y constantemente iguales, como en la realidad (y por fortuna) no lo son ni lo están, la incitación de los factores que desde fuera de ellos obran y los determinan es tan mutable y versátil, tan incoerciblemente dinámica a tenor de circunstancias de tiempo, de lugar, de accidente histórico y de vicisitud cultural, que toda pretensión que asuma los resultados en términos ontológicamente homogéneos es una falacia atribuible a los subconscientes deseos, cuando no a las auténticas fatigas del investigador. El laboratorio de la práctica humana supone incontables variaciones fácticas, siempre; y cuando el sujeto investigado es el joven (y sus comportamientos) el dinamismo de esa variabilidad tiende a hacerse infinito.

Los contextos históricos cambian siempre, y muchas veces en la dirección de lo imprevisible y con la proyección de lo incognoscible. La identidad del joven es maleable a todos esos cambios de escenario y a toda corriente de relación entre el escenario y la figura. Por tanto, para que los resultados sean más inteligibles y menos conjeturales, es menester referirlos a una suma de condicionantes político-sociales y estructurales; los jóvenes en una sociedad capitalista o en una sociedad en tránsito al socialismo, los jóvenes en una sociedad regida por prácticas democráticas o por normas autoritaristas; y también referirlos a una suma de índices de vida: jóvenes en una sociedad desarrollada o sociedad de la abundancia, jóvenes en una sociedad en vías de desarrollo y supeditada a las imposiciones de la dependencia o de la pobreza; y correlativamente a

índices de cultura, expresada a través de niveles de educación, de enseñanza, de alfabetización, etc. Por ende, a fin de saber dónde nos situamos para exponer las reflexiones de este ensayo, empecemos por limitarlo a los jóvenes de hoy, 1984 (en el tiempo) y a los jóvenes de los países de América Latina (en el espacio). La heterogeneidad no deja, con esas solas precisiones, de ser inmensa: pero se tiene al menos la impresión de haber ganado el contorno de alguna finitud naturalmente delimitativa y esclarecedora, sin la cual todo tendría la condición informe, inconmensurable e indiscernible del océano.

La obra de la Colonia comienza prácticamente con el siglo XVI, la de la Independencia con el XIX; el crecimiento monstruoso de nuestras ciudades (México, Buenos Aires, Sao Paulo, Rio, Caracas) y el empobrecimiento cultural y el atraso técnico de nuestro medio rural se acentúan -ambos- en este siglo XX. Los medios urbanos reúnen hoy a los 2/3 de la población existente en América Latina y asisten a las principales cuestiones de marginación, subempleo y desocupación; los índices promediales de educación son allí -como es lógico- considerablemente más altos que en el campo y, en cuanto respecta a la movilidad social de los jóvenes, el aflujo de ellos desde el medio rural a las ciudades marca el ritmo de crecimiento constante, hasta los límites de lo angustioso. Por una simplificación, explicable dada la mayor intensidad de los registros de toda la problemática de la juventud en las ciudades y asimismo por la más inmediata implantación multitudinaria con que allí se visualizan sus problemas, existe la propensión a referir todas las reflexiones sobre los jóvenes centrándolas en la vida de las ciudades. Obviamente, es un exceso. pero lo cierto es que muchas veces estaremos pensando en las etnias indígenas o en anteriores trabajadores campesinos, incluso cuando nos sintamos preocupados por la presencia de los trasculturados o emigrados que parasitan a la orilla o en la cintura de nuestras grandes ciudades, sin ingresar verdaderamente a ellas aunque se incrusten en sus poblaciones perdidas o villas miseria o favelas o poblaciones callampas, y vegeten y se deterioren y hasta degeneren allí, sin aptitud ni posibilidad de transmitir sus valores sociales ni de incorporarlos al medio que se los deglute y los agrega, el cual, en suma, los excede y rebasa sin absorberlos de un modo creativo y fecundo.

Y ocurre que, marginados como muchos de ellos lo están en esos escenarios que siguen siéndoles sustancial e intrínsecamente ajenos, hasta el mismo sentimiento de pertenencia a una nacionalidad propia se opaca o desvanece y enturbia. El concepto de nación fue, evidentemente, una creación de nuestra burguesía liberal, afirmado a partir de la independencia, lo cual no significa negarle raíces anteriores que vinieran dándose, de algún modo, en la Colonia.^{1/} Pero desde la metáfora lírica e idealista de Ernest Renan (la Nación es un plebiscito cotidiano) hasta el cartabón marxista que implica un Estado, un territorio (y sobre todo una frontera) y un mercado, la presencia del concepto de Nación -y de la pluralidad de naciones en América- ha ido afinándose, adquiriendo sus principales perfiles y consolidándose a lo largo del siglo XIX. Ya no nos manejamos ahora con una nación folklórica, sin desdeñar -como ingrediente del concepto

de Nación- los elementos espirituales -y superestructurales- de una cultura ni los ligámenes fundamentales de un lenguaje vivido y practicado en común. Los antropólogos prefieren hablar de culturas más específicamente que de naciones; de culturas dominantes y prevalentes y de culturas subalternas o aplastadas (aunque subsistentes), tradicionales. El indígena ha sido por muchos años renuente a la posibilidad de integrarlo a aquella Nación que se considera valor común e impuesto en el territorio y en el Estado donde él habita. Se mantiene aferrado a su idioma o dialecto -a veces único, a veces alterno- y a sus ritos y a sus costumbres y a sus tareas. Se oye decir algo de él tan solo cuando se denuncia la posibilidad de desvirtuarlo y captarlo con intencionalidad política (si se trata de ILVE, Instituto Lingüístico de Verano en México y otros países) o cuando se alza la voz para protegerlo contra el exterminio y la masacre presuntamente ordenados por los gamonales o guardias blancas o terratenientes, en busca de eliminarlos de las huastecas o de los ejidos o de los fundos a fin de quedarse con las tierras. Muy poco es lo que trasciende, fuera de los institutos especializados, acerca de los modos del etnocidio que fincan en la persecución de los lenguajes, en la erradicación de los instrumentos de civilización y de los menesteres del indígena. Cuando acceden a la periferia de nuestras ciudades (faubourg, barrio, viene de faux bourqs, literalmente "ciudades falsas", edificadas fuera de los recintos amurallados de las villas por los tráfugas del feudalismo a comienzos de la baja Edad Media, con vistas a evadirse de la servidumbre de la gleba y ganarse un modo de vivir y un oficio urbanos ^{2/} miles de jóvenes de procedencia rural se excavan un desmedrado sitio, generalmente dependiente, miserable o al menos menesteroso, y esas ciudades no toman mayor cuenta de sus peripecias o de sus historias, como no sea para inscribirlas en los anales de la vagancia, de la mendicidad, de la malvivencia, de la delincuencia o, como dice un delicioso eufemismo inventado por el legislador uruguayo, de sus "estados afines". el joven orillero (otra buena invención semántica, que entusiasmó a Borges) acaba por ser presa de los vicios o de la criminalidad, aunque pudiera haber sido, en su origen, madera apta para otras y mejores tallas. Por razones relativas a la economía y a la irrupción de nuevas y más pujantes fuerzas en el marco social, llega un momento en que se pasa, en América Latina, de la hacienda a la empresa, como dijo José Medina Echavarría. Esa transformación supone el cambio de una economía vinculada a la tierra por la economía de mercado, afirmada en la producción fabril y en la especulación y en el dinero. En lo cultural y social supone el epílogo de los caudillismos y del patriarcalismo, del señoritismo y del machismo: y la suplantación de esa escala de valores por otra de raíz menos patricia y menos romántica, aunque no menos bárbara; la sustitución del feudalismo por el capitalismo, de la estancia por la fábrica, del peón rural por el obrero, por el asalariado fabril (y, en su envés, por el marginado y el desocupado de las ciudades). Algunas estancias, pero las menos, habrán de llegar a adquirir las formas de la modernidad y del capital anónimo y de cotización bursátil. El centro se desplaza desde el medio rural al medio urbano, desde la hacienda manejada con criterio obsoleto y familista hacia la implantación de un modelo empresista y de formulación anónima, más duramente

crematístico. Algo muere con la extinción de la primera de esas formas, algo nuevo surge con la segunda.

La literatura, aunque se padezca a veces el deslumbramiento de su condición profética, registra -por lo común- estas transformaciones con tardanza. Con distancia y perspectiva de estudio histórico-social, si se está frente a un ensayo documental del valor de Casa grande e senzala del brasileño Gilberto Freyre; o con atraso testimonial y nostalgia, como sucede en el caso de varias de nuestras más famosas novelas (que, por eso mismo, envejecen luego tanto al paso de los años). *Va antes del famoso boom de la narrativa latinoamericana de la década de los años 60* hubo otro, más delimitado y circunscrito pero, en su hora, no menos espectacular: el boom de la novela latinoamericana de los años 20. Casi nadie lo recuerda hoy. Tres de sus títulos fueron especialmente famosos: La vorágine, del colombiano José Eustasio Rivera, Don Segundo Sombra, del argentino Ricardo Güiraldes y Dona Bárbara, del venezolano Rómulo Gallegos, respectivamente de 1924, 1926 y 1929. El primero de esos títulos narraba, en un estilo casi evangélico, poético y romántico, la crudeza de la explotación de los sirringales en la selva subtropical; el segundo refería, en un idioma modernista y metáforas ultraistas de linaje europeo, la vida y las andanzas de un tropero, a partir de una estancia pampeana de San Antonio de Areco, en la provincia de Buenos Aires; el tercero, centrando el relato en la estampa de una matriarca de las clases bajas de la Sabana, trazaba un retrato psicológico en los llanos de la ganadería extensiva y mestiza de Venezuela. Y cuando eso ocurría Buenos Aires y Caracas y, aunque en menor medida, Bogotá eran ya monstruos en el despertar de su gigantismo urbano y deformidad social, respecto de los cuales nadie amasaba sueños o vociferaba horrores o, por lo menos, destilaba humor. Faltaban todavía unos cuantos años para que "la cabeza de Goliat" tuviera su Adan Buenosayres y más aun Los premios o Rayuela.

En la pureza de su mejor perfil evocativo, "la estancia cimarrona y el gaucho crudo" ya habían desaparecido cuando el uruguayo Carlos Reyles les dedicara el homenaje senil de El gaucho florido. Y el criollismo de Mariano Latorre convivía en el tiempo y en el espacio con las figuras proletarias y picarescas de Manuel Rojas o José-Santos González Vera, por los mismos años en que el nativismo de Justino Zavala Muniz escribía la Crónica de un crimen, presintiendo al menos que conjuros no tan beatíficos como los de Arcadia se cernían sobre la realidad del campo pobre y exhausto y devastado del Uruguay posterior a las guerras civiles. Nada de esto se refiere todavía expresamente a los jóvenes; pero está haciendo las veces del pórtico de entrada por el cual, llegado el instante, ellos tendrán que ingresar a la realidad de la vida y de la literatura. Al campesino del sur solía falsificársele generosamente en el gaucho. Al indígena de Mesoamérica, por los mismos tiempos, se le tornaba ornamental o decorativo o afichesco en la literatura indígenal de cuño modernista, escrita desde París o desde Lima o desde La Paz (García Calderón, López Albújar, Alcideo Arguedas).

El llamado boom de la narrativa latinoamericana, a partir de la década de los 60, plantea un panorama muy ilustrativo en su relación con los públicos jóvenes de América Latina. Fueron éstos, indudablemente, los consumidores directos del boom y, por esa vía, sus propagandistas y propulsores. Dejemos de lado, por ahora, la cuestión de cuáles fueron los confines personales de ese fenómeno literario (la de sí Onetti, Sábato, Carpentier, Rulfo, José María Arguedas, etc. son autores inscribibles en el boom o propiamente lo han antecedido). Aplicando las conclusiones a aquellos novelistas que, fuera de lo arbitrario de tales delimitaciones de tiempo, pertenecen sin duda alguna al boom (Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Donoso, Fuentes, Puig) se da una paradoja muy llamativa. Ninguno de esos creadores, entre quienes estrictamente el único joven es el primer Vargas Llosa, se dirige de un modo específico a la juventud como destinataria de sus obras o como copartícipe de la problemática novelada en el boom. Y, sin embargo, es un hecho que los jóvenes de América Latina son quienes han dado los perfiles de su desmesura numérica a la repercusión de las obras de este ciclo. Estas incurren a veces en la osadía de lo experimental (Rayuela) cuando no en la frecuentación de lo que ha dado en llamarse, con definición de Carpentier, el elemento de "lo real maravilloso" (Cien años de soledad). La juventud podría no haberse sentido concernida ni implicada, salvo en algunas páginas de Conversación en la catedral y en el tema de las coartaciones y los bloqueos de adolescencia referidos en La ciudad y los perros. Con una madurez mucho mayor de la que podría haberseles sospechado, los jóvenes de América Latina han preferido indagar en esa cantera, muy a menudo salteando trasposiciones de época y ambiente, en busca de sus propios problemas y de sus más auténticas cifras de identidad personal y generacional. Y asimismo ("la vida imita al arte") han preferido asumir los modos de decir y las propuestas de tal o cual obra de creación, haciéndolos suyos en muchos casos. Las metáforas y la cosmovisión de Cien años de soledad -la obra más impregnante del boom a los ojos de los jóvenes- han cundido entre la juventud de América Latina. Ellas han acreditado, así, no sólo su aptitud de leer, creando y sosteniendo un mercado de lectores que ha sido el soporte material más importante del boom, sino asimismo su fecundidad (al menos, en el grado de lo receptivo) para contribuir a una realidad social muy nítida y vasta a partir de los términos de una hechura de creación que, en puridad, no estaba dirigida tan sólo a los jóvenes, ni siquiera pareció nunca encaminada demagógicamente a provocarlos.

Más allá de sus años de plenitud creadora, el boom quedará -en la perspectiva del tiempo- como una gran empresa intelectual en el aprovechamiento de los márgenes que tradicionalmente nos haya dejado, para expresarnos, la cultura europea. El romanticismo, el parnasianismo, el simbolismo, los ismos más famosos que se han producido en los siglos XIX y XX nos han llegado acuñados y recetados desde Europa y por la irradiación expansiva y dominante de la cultura europea. Alberto Zum Felde pudo decir, con amargo acierto, que el Tabaré de Zorrilla de San Martín, como personaje quimérico de nuestra poesía, en su exceso de abstracción y en su falta de veracidad y credibilidad, era un indio de nuestras extintas etnias aborígenes

enfermo del mal du siècle, un charrúa pasado por el romanticismo francés, una criatura de Chateaubriand imposiblemente trasladada a nuestras tierras fuera y en contra de todo contexto verosímil de la vida.

De ese travestismo cultural ha padecido gran parte de nuestra creación artística, hasta llegar al surrealismo. De tal fenómeno de tributación cultural y dependencia hemos irrumpido -entre otras manifestaciones recientes de las artes- con la narrativa actual, que dicta sus condiciones a otros antes de cumplir las que pudieran haberle venido dictadas. Los jóvenes de América Latina han sido, en gran parte, coautores de ese hecho de independencia espiritual, a un siglo y medio de nuestra inicial independencia política.

Las universidades fueron siempre centros irradiantes de cultura en América Latina. Lo fueron desde los días de la Colonia y han oficiado de focos de saber, de sedes de extensión de la cultura y de hogares ilustres para los linajes del liberalismo político: San Marcos en Lima, San Carlos en Guatemala, Córdoba en Argentina. Al vaivén de los tiempos cambiantes han tenido predicamento y sufrido persecución, dentro de enmarcaturas que no han dejado de ser elitescas (el sueño de una universidad de masas es todavía un sueño inmaduro y turbulento en América Latina). En Ecuador, uno de cada seis jóvenes es analfabeto y uno de cada seis jóvenes asiste a la universidad. Por supuesto, de ese fenómeno de polarización no es responsable la universidad en cuanto institución; pero sería igualmente falso afirmar que ha sabido siempre sustraerse a él y cumplir un papel histórico de equilibrio y de fuente. En un escenario caracterizado por todas las formas de la pasión y de la crudeza, equivaldría a haberle pedido un imposible, y naturalmente no lo ha cumplido.

La reforma universitaria ha tenido un proceso rico, complejo y laborioso en América Latina. Y los hechos políticos vinculados a la expresión de los sentimientos cívicos del estudiantado y a la afirmación del sentimiento autonomista han pugnado -con ángulo vario- por separar radicalmente los programas y el gobierno de la universidad, sustrayéndoselos a los centros institucionales del poder gubernativo; y en esa coyuntura se han venido reiterando, con una henchida multiplicidad de contenidos y seguramente de intenciones. Los universitarios de América Latina -un sector cuantitativamente menor pero decisivamente actuante en los medios urbanos del continente- tienen ya su historial y sus mártires y sus conquistas. La primera y más famosa de éstas fue la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918: hizo en cierto modo de matriz para los movimientos sucesivos aunque hoy, como es natural, haya quedado un tanto atrás (no de espaldas) al paso de los tiempos. Transcurre exactamente una media centuria entre la reforma de Córdoba y la matanza de cientos de manifestantes juveniles en la Plaza de las Tres Culturas, en la Ciudad de México, en 1968; ha pasado a la memoria histórica vinculada al nombre indígena y más usual del sitio, que es el de Tlatelolco. En 1968 los estudiantes de la Universidad de México, que manifestaban en pro de reformas y revisiones sustanciales de extremos que concernían a la autonomía de la Universidad y a sus

relaciones con el poder político, fueron virtualmente acorralados y ametrallados por brigadas de pistoleros y tiradores oficiosos, a las cuales se conoce en el lenguaje popular como "los Halcones". La matanza de Tlatelolco -2 de octubre de 1968- es un hecho todavía irrestañable en la vida pública mexicana y en las relaciones entre el poder político y el universitario. La rebelión juvenil y estudiantil francesa, que se propagó desde Nanterre a Paris y fue mucho más famosa que Tlatelolco en el contexto universal, causó solamente una baja estudiantil, en un episodio sellado por la imprudencia; Tlatelolco costó cientos de muertos juveniles, atrapados, encerrados y masacrados en la trampa mortal en que se había convertido la plaza para los manifestantes. De Gaulle pudo asistir, entre expectante, impávido y majestuoso al despliegue de las hermosas consignas poéticas del 68 francés, "la imaginación al poder" y tantas otras estampadas por el spray en los muros de la Sorbona, alrededores y provincias; y pudo aguardar a que la primera fisura del movimiento se produjese (la tan mentada alianza de "obreros y estudiantes, unidos y adelante") para avanzar sobre él con todo el peso de su prestigio y derrotarlo. Se ha comparado a menudo al 68 francés con las jornadas mucho más cruentas de la Comuna, en 1878. Thiers era un personaje infimo al lado de Charles de Gaulle, el adolescente Arthur Rimbaud fue un actor mucho más magullado por los hechos que el otoñal Sartre, las aproximaciones históricas tienen algo de inevitablemente contingente y miden con mayor nitidez las separaciones que las posibles similitudes. La consigna "obreros y estudiantes" etc., también ha sido invocada muchas otras veces; en la lucha uruguaya por la ley universitaria de 1958 aparejó entre otras causas, al cabo de más de noventa y tantos años de continuo predominio colorado, la primera rotación de los partidos tradicionales en el poder, en el Uruguay. Pero, en lo efectivo de los hechos ha sido en mayor medida el resultado de la imaginación proselitista de los conductores estudiantiles y políticos que el fruto de una persuasión profunda salida de los ámbitos laborales. Es un estribillo que gritan los jóvenes estudiantes al manifestar, al recolectar fondos en los peajes que organizan para ayudar a los obreros en sus conflictos del trabajo, pero no se oye con semejante fervor en las bocas de los auténticos trabajadores, para quienes los estudiantes parecen seguir cubiertos por cierto estigma de incurable señoritismo elitista. Pertenece al reino de las formulaciones desiderativas más que al de las realidades sociales.

No sería justo derivar de estas palabras un reproche al movimiento estudiantil, tachándolo de quimérico y esquizofrénico, ni siquiera en aquellas sociedades que -por el peso de una frustración constante- parecen inducir a los jóvenes a la quimera y a la esquizofrenia, cuando no al más torvo resentimiento. No. Con todos sus defectos y con todas sus incertidumbres, connaturales a un proceso de identidad y de crecimiento ensayado sobre los terrenos más ásperos y en medio a las más perentorias urgencias de la acción, la universidad -por la obra de sus jóvenes y también por la de sus maestros- ha sido la más firme, a veces la única surgente de cultura viva en nuestras sociedades. La clase alta se ha refugiado durante décadas en lecturas anacrónicas, que la dotan de un sabor de añejamiento que acaso aparezca como displicente y distinguido; y al

irse sumergiendo en las aguas de una crisis que ha acabado por conmovérsela y corroer sus arbotantes, no ha sido dramática ni trágica, sino frívola; se ha entregado a los balnearios y a los viajes, ha circulado entre mansiones que amenazaban ruina y best sellers que anunciaban una sustancial ordinariéz de la cual ella ha extraído pasatiempo, y no ilustración ni drama. Quien escriba una reflexión sobre las bibliotecas de la oligarquía en los dos últimos siglos tendrá ante sí un espejo patético de una decadencia de la vitalidad, de la caída de la reproductividad espiritual de una clase. La ya anticuada biblioteca de clásicos en pasta española o de acreditados bouquins en francés, de los días en que aspiraba a figurar como una clase culta por más que emanada, ha cedido a la hojarasca de los paper backs comprada en los supermercados de sus travesías, esa travesía que hace ochenta años se efectuaba por barco y hacia París y hoy conduce en jumbo a Miami o Disneylandia.

A falta de una tradición de instituciones sólidas, de perfil original, independientes y auténticamente creadoras, las universidades han desempeñado un papel que las ha llevado frecuentemente mucho más allá de los confines de la docencia y que han debido cumplir y agotar en los dominios de la cultura. Se han abocado, en tal orden, a una función central en las áreas de una cultura institucionalizada, que ha tenido en América Latina un margen mucho más ancho y menos estratificado y académico que el de las grandes universidades europeas, originadas en la Edad Media y titulares de una continuidad fundamental a través de los siglos (desde el XIII a hoy). Y como las universidades han sido el centro y el semillero de inquietudes de la juventud -sobre todo de las clases medias y altas- a través de ellas los jóvenes han asumido un protagonismo cultural que sólo mucho más restringido y parcialmente han podido desarrollar en otras instituciones, desde las asociaciones hasta los ateneos liberales, tan en boga entre la intelligentsia americana del siglo XIX. En la historia de la educación, de la creación artística y del pensamiento político las universidades han tenido el más amplio espectro de acción en América Latina. Y los jóvenes, que han dado desde 1918 hasta el presente una lucha incansable por el cogobierno de las universidades, con vicisitudes que se han difundido hasta abarcar la entera vida civil y hasta afectar la misma paz social de nuestras repúblicas, tienen en estos campos una experiencia de participación que no siempre han encontrado en los carriles de la vida política que se sustancia dentro de las estructuras de los partidos y de los marcos del Estado.

La cultura y el establishment aparecen como aliados, fuera de la quiebra de los momentos coyunturales más críticos, en las sociedades desarrolladas. Y en cambio, dado el papel tradicionalmente rebelde, contradictor, objetor e inconformista de las universidades en América Latina, cultura y establishment han llegado a parecer valores de signo antagónico en el nuevo mundo. En la medida de esa contradicción, los jóvenes han asumido un papel protagónico más ostensible dentro de las totalidades de una sociedad en vías de desarrollo y expuesta a mayor número de crisis de crecimiento, como ha sido la de América Latina.

La clase proletaria ha vivido en la obsesionante brega por su existencia, literalmente al margen de los bienes de la cultura y de los ocios de la lectura. Ha sido la clase media, expresada en su nivel más gallardo por las universidades, la que ha sostenido la vida y la irradiación de una cultura que, entre nosotros, ni el Estado ni las clases altas quisieron nunca hacerse cargo de sostener.

Cuando nos refiramos a los alentadores signos y síntomas de un nuevo estilo de existencia en los sindicatos y en otros ámbitos donde los jóvenes están imponiendo ahora un sello propio y juvenil que durante años pareciese perdido en la estagnación y en la vejez o definitivamente descuidado, habrá ocasión de predecir si -en los tiempos no necesariamente más sombríos que los pasados que hoy se están esbozando y acaso se hallen en embrión- ese papel de dar una nueva razón de fe y de presencia a los jóvenes verá a las universidades, en buena hora, ya no tan solas ni tan aisladas en su denuedo como hasta hoy lo han estado. De los sindicatos y de las aulas acaso broten los fulgores de un nuevo e incierto, a veces se temería que todavía un poco trabado, estilo de esperanza. Años y hechos lo dirán, si se sabe esperarlos sin dejar entre tanto de ser jóvenes.

Vivimos una época dominada y atravesada -podría decirse que acribillada- por los medios de comunicación de masas. Con los satélites, la comunicación se apropia de los espacios siderales y acerca hasta lo instantáneo y hasta el allegamiento físico lo que otrora se nos apareciese como irremisiblemente distante a todas las criaturas del mundo. Sí, pero al mismo paso en que otros hechos las tornan cada vez más extrañas, hostiles y recelosas y remotas las unas a las otras por los abismos que crean el hambre, la indiferencia, los prejuicios, la riqueza y la pobreza en sus grados más exasperantes, la imagen de colisiones inevitables y el miedo. El miedo a un estallido final que es el del átomo, al fin de cuentas.

El Informe Nora-Minc, producido por dos expertos franceses en administración y cibernética para Giscard d'Estaing, entonces presidente de Francia, provoca más auténtico espanto que cualquier thriller de la ciencia ficción. El mundo prometido por la telemática podrá caber en una caja, podrá llevarse en el bolsillo de un tecnócrata, democratizará sus costos de producción hasta lo más banal. No es posible negar las posibilidades que informática y telemática ofrecen, en el sentido de una posible democratización más profunda y de un resguardo de los bienes del individuo dentro de los marcos cada vez más complejos del Estado contemporáneo, ya que factibiliza el manejo de extremos de control del poder del Estado potencialmente puestos por estas técnicas en manos del individuo. Sí, pero asimismo trastornará hasta lo indecible las relaciones entre los poderosos y los débiles, entre los dominantes y los dominados, entre quienes manden y quienes obedezcan, entre millones de desocupados y élites de poder. Formas de una pesadilla del pavor mucho más laberíntica e irritante que la que anunciaba el 1984 de Orwell, son ya como el fantasma de Banquo, que se ha aparecido en mitad del banquete. Un banquete que en definitiva y hasta límites que no pueden predecirse,

aumentará el desempleo, la miseria y el caos como "costo social del progreso", según el eufemismo de Nora y Minc.^{3/}

En ese mundo emplazado a tan apocalíptica pesadilla que les espera a los jóvenes, qué papel se les adjudicará en el reparto?

Los efectos de una masificación incesante de los medios -un proceso en el que periódicos y revistas y libros han llegado a parecer, a la impaciencia y al repentimismo de algunos, vehículos inadecuados por lo vetustos, y la misma radio se ve ya como tradicional frente al impacto de la TV- van desplazando las presiones a que el cuerpo social está sometido y van operando modificaciones que sería hoy aventurado dimensionar en la mente de los públicos. Los jóvenes que están naciendo a la vida del conocimiento en ese trance capaz de fagocitar a cualquiera, reduciendo la razón del hombre a exhaustos despojos qué cometido podrán arrogarse, qué efecto impreso sobre ellos sufrirán y qué clase de respuesta podrán devolver y articular?

En la batalla del hombre por preservar su originalidad y su psiquis, incierta lucha de la cual todavía nadie avizora los resultados, los que hoy abran sus ojos a las luces de la conciencia y de la razón, y no se encuentran conformados por prejuicios que los obsten ni los ayuden en la descomunal pendencia qué podrán decir, de qué defensas se encontrarán asistidos, dotados y resguardados, de qué tipo inédito de angustias inenarrables no serán presa?

Hasta hoy, esa obra masificatoria ha creado formas de similitud e igualdad en la réplica, que no nos garantizan una homegeneidad más honda y sentida, al nivel de los clásicos y pregonados bienes del alma. A los más pobres ese instrumento les ha alcanzado los moldes de un lenguaje que, si no es rico, ha podido bastarles para entenderse, para comulgar en algunas cuestiones insoslayables, para las cuales culturalmente acaso no estaban antes preparados, en lo más profundo de su ser. Se ha incentivado o estimulado, así, una sociedad de reflejos, de ideas-fuerzas, de fórmulas irresistibles. Los jóvenes están aún en tiempo de tomar distancia frente a los efectos de esa aplanadora, de ese rasero emparejador y acaso ciego. Pero, a las alturas de una educación que puede ser muy desigual y muy dispar y muy desigualmente concientizadora; están dispuestos a dar esa batalla, sienten la comezón íntima y la necesidad social de darla?

Cualquier hombre de hoy que oye radio y presencia programas de televisión tiene, como el personaje de El jardín de Jerzy Kosinsky, un arsenal de respuestas aparentes, de frases y estereotipias mentales que son otros tantos comodines; y con ese arsenal va saliendo de los compromisos inmediatos. Pero si el joven ha de ser un actor social presente, audible y actuante, se precisa que sea capaz de crear un cuerpo de respuestas más original, más versátil y plástico, más dinámico y determinante sobre el mundo. Es un Pígalión, creado por esos emporios que lo han formado, que lo moldean siempre, sin una tregua, aparentemente sin una sola imposición sensible. Pero si alguna vez quiere rebelarse podrá hacerlo?

Para contestar todas esas preguntas, si es que tienen respuesta, tal vez lo mejor sea acercarse a los jóvenes y, al mismo tiempo, tratar de no cargar ni desfigurar sus respuestas; y ensayar comprenderlas. Después de ese ejercicio de observación y de registro, quizás sea posible atinar a unas cuantas respuestas, intentando no confundir lo que piensa el observador con lo que piensan los jóvenes, intentando no suponer que aquello que el observador adulto habría preferido, ante una encrucijada propuesta, es lo mismo que prefiere y asume el joven, que lo que se imagina el uno, como constelación de valores, es lo que puebla la imaginación y los deseos y la propia afirmación del ser del otro. Si fuéramos capaces de emprender ese recorrido con suficiente fidelidad y con suficiente humildad, acaso estaríamos en condiciones de interpretar al joven (interpretar, mala palabra), a ese joven que es nuestro hijo o a quien tenemos por delante y es nuestro discípulo en el aula o está expuesto a la duda de nuestro entendimiento pero fatalizado a creer en él puesto que está allí y va a ser nuestro defendido.

Ante tal serie de planteamientos concretos, tratemos de preguntarnos qué respondería ese joven también concreto, en función de su edad, de su medio, de su tradición, de sus sentimientos, de sus ideas, de su cultura. Si ni siquiera esa lumbre nos da ninguna pauta cuál otra existiría?

II. EL LENGUAJE DE LOS JOVENES

Hay quien se asombra, a veces, de las pocas palabras con que hablan los jóvenes, de los vacuos y amplios registros del silencio en que caen con continuas remisiones tácitas a la imaginación del oyente. Borges comentó una vez que el sabés cómo?, la renuncia a expresarse asumida como propuesta que se dirige a otro para que el otro se lo explique o imagine todo, era la forma más típica de la pobreza discursiva del rioplatense. Pero es posible leer reflexiones muy semejantes en México, como reproches formulados a lo que se llamó allí, en el habla de los jóvenes de la ciudad, el lenguaje de la onda. El joven habla, efectivamente, apoyándose en la muletilla de los muchos clisés, de las estereotipias, de los modos acuñados y mostrencos, de origen anónimo y efecto conocido.

Por supuesto, todo esto comienza por depender de los niveles de cultura, de que el joven frente a quien se esté sea un analfabeto del medio rural o un universitario del medio urbano. Pero no es insólito que el primero acuda a la expresividad sabida de lo sentencioso, a la eficacia connotativa segura de modismos y refranes, a los pintoresquismos que ya no es necesario inventar porque están inmemorablemente registrados y forman parte de los elementos folklóricos de una cultura. Lombardi Satriani,^{4/} como antropólogo, ha anotado dichos -a veces dialectales- de una expresividad infalible, en los italianos del sur de la península (sicilianos, calabreses, etc.,) en estratos de cultura muy inmediata, elemental y a-literaria. Todos podemos, con un poco de paciencia y de oído, confiarnos a un registro

semejante. Y en contraposición, es dable asistir al hecho de que un joven universitario se exprese, hoscamente, sin visible interés porque lo entendamos, con un repertorio acaso tan basto y pobre, cuando no tan inexpresivo como el de un analfabeto.

Los lingüistas suelen considerar que, en el caso de los jóvenes, el hecho implica un acto o gesto de desconfianza ante el lenguaje, un resentimiento frente a los trillos del valor expresivo admitido por el común de las gentes. El joven que voluntariamente habla mal y que no lo hace (o cree no hacerlo) por insuficiencia cultural o por mera timidez, a menudo está rebelándose contra el lenguaje como arma de posesión, como instrumento que confiere a unos un poder sobre otros. En la guerra de las edades y de las condiciones, en que todos estamos sospechados de ejercitar nuestras dotes con un sentido de poder y de agresividad y con una intención de dominar o de imponernos, el joven que se manifiesta reticente ante los envites de comunicarse que le agencia el lenguaje está desconfiando de la comunicación misma, de las coyundas o servidumbres que puedan derivarse de ella. Tanto como acusa un fondo de inexpressión sustancial y de aridez, de incapacidad o de impotencia, está seguramente ensayando resguardar la inviolabilidad de su mundo o del mundo de sus valores, al cual está atenido; y no quiere ver cuestionado ese mundo por otros, sobre todo si esos otros son mayores, más cultos, mejor dotados o más poderosos.

Fuera de esta suerte de auxiliatoria de pobreza (como se diría en lenguaje forense) con que el joven prefiere usar del habla a fin de que no se le penetre a través de ella, hay sin duda un ánimo de demistificación de lo enfático, de denuncia de lo sobredicho o de lo abundoso, como poco púdico o como intrusivo. El profesor que, después de haber luchado contra el mutismo o la hurafía parquedad de sus discípulos gana su confianza y consigue "hacerlos hablar" -y la expresión es odiosa, en la medida en que evoca el afán de los pesquisantes en las comisarias policiales o en los "separos" de Investigaciones- suele asombrarse de que, desprotegido de esa capa de hosquedad aparente que lo recubre, ese lenguaje se revele, como trasunto de un pensamiento, mucho más versátil, flexible y rico de lo que se hubiera estado previamente dispuesto a creer. La distancia intergeneracional de las edades y la distancia de las situaciones respectivas suelen explicar ese hecho, por otros fundamentos que los del nivel cultural de cada uno. Por el contrario, a veces es el más inculto, el que ha recibido menos educación y se halla más desapercibido a la confrontación el que se expresa con una veta más generosa y efusiva, con menos cortapisas y sin ambages dentro de su propia posibilidad. El menos astuto, el más incauto, el más candoroso, el más ingenuo, el de reacciones más toscas y elementales es a menudo el más elocuente, en la medida en que no ha imaginado nunca usar el lenguaje como un sistema de defensas para escudarse o emboscarse detrás de él. Y, salvo formas de imposibilidad expresiva, de incapacidad verbal muy paladina, el más cándido suele ser el más elocuente y verboso. Suele haber una dosis de timidez o de indiferencia para comunicarse detrás del silencio de los jóvenes -una de dos o ambas- o, en casos más extremos, lo que los siquiátras suelen bautizar como síntomas de insensibilidad o anestesia moral, en la

absoluta vacuidad o neutralidad de sentimientos en que el hablante se sitúa frente a la impresión que pueda provocar en quien le escuche.

En el argot o jerga (germania, le llaman los gramáticos) de la delincuencia urbana -y la delincuencia no son sólo ni prevalentemente los jóvenes, pero son también los jóvenes- el efecto críptico de los modos de decir se debe a que se está echando mano a un lenguaje perseguido y acechado, a un lenguaje del malvivir acosado y reprimido por la autoridad. Ese lenguaje muda de piel cada poco tiempo, precisamente en un ardid fugitivo, para escapar, para hacerse ininteligible a la indagación, para evadirse de ella. Becco lo ha escrito muchas veces, Gobello ha redactado varios diccionarios de Lunfardía. Y en el habla de nuestras grandes y caóticas ciudades, la literatura suele expresarse por modos parecidos, aunque tal vez no con intenciones similares (porque fuera del ámbito de la delincuencia, el lenguaje es utilizado para comunicarse y no para esconderse). Tal vez la clave radique en el hecho de que busca comunicarse con algunos y no con todos. En una novela que tuvo gran resonancia hace unos cinco años en México -y que fue escrita por un joven poeta, homosexual y drogadicto, Luis Zapata- el lenguaje es tan cerradamente criptológico que cuando la crítica debió inquirir las llaves con las cuales pudiera franquearlo, el autor mismo contestó que se trataba del "lenguaje del Sanbornss de la Colonia Roma" en los años tales (ahí los especificó). O sea que, para entender cabalmente la historia narrada en Adonis García, El Vampiro de la Colonia Roma 5/ se reclamaba estar al tanto de la jerga que se hablase en uno de los tantos cafés o puntos de reunión de la ciudad, en un determinado tiempo. El texto de otro de los jóvenes narradores mexicanos, de apellido Castañeda, exige el acceso a la jerga de los delincuentes políticos en una de las cárceles, en la cual el autor estuvo preso por algún tiempo. Sería muy tibio decir, pues, que el lenguaje de los jóvenes se halla segmentarizado o destroncado en cientos, miles de jergas (porque también está el lenguaje de la universidad, el de las fábricas, el de los deportes, el del jet-set, etc.). Esa diversidad de modos, formas y estilos de la comunicación alude o sugiere ya un panorama de fragmentación neurótica, de incomunicación, la soledad o el naufragio del joven en un piélago temible y, en gran parte, desconocido (temible por desconocido, desconocido por temible). Si se piensa que, entre idiomas y dialectos registrados, en América Latina se hablan más de tres mil, fuera de muchos sin registro lexicográfico ni admisión académica, se advierte que en ese caos la posibilidad de comunicarse con el joven en cuanto pretensión de comunicarse con todos los jóvenes, es absolutamente imposible y quimérica. En la necesidad de transmitir un mensaje a los jóvenes de América Latina -potencialmente, a todos los jóvenes- no hay que perder de vista este escollo insalvable.

1. Los jóvenes y la política

Es cierto que el joven actual sea indiferente a la política, no manifieste ningún interés por saber de ella y menos aún por militar en ella? El observador lo oye decir muy a menudo, al mismo tiempo en que cree estar asistiendo a la evidencia de lo contrario.

Fuera de las salvedades de siempre (hay innúmeros tipos de joven, por el medio en que han crecido y se han formado, por la educación que han recibido, por el oficio o la falta de oficio en el medio en que se mueven) es muy preciso aquí, más aún que en otros tópicos, entenderse sobre el alcance de los términos -el lenguaje.

Se ha dicho que el joven es, por definición, parricida. O sea que, con el sentimiento de haber sido engañado y traicionado, sorprendido en sus originarias credulidades para hacerle consentir en valores vencidos o ya caducos, está prevenido y es desconfiado, se niega a admitir los cartabones y las categorías ensalzados o acatados por la generación de sus padres. Esa forma de parricidio alegórico o simbólico se da en la literatura, en la música, en las aficiones y esparcimientos y también, naturalmente, en política.

Pero no se trata aquí tan solo de un reflejo generacional. Han mediado muchas conmociones y muchas injusticias y muchos padecimientos y grandes estafas históricas para que ese chasco y esa retracción de los jóvenes no se credibilicen plenamente, no se justifiquen con creces. El joven vive, por impulsos igualmente incontenibles y sinceros, entre el compromiso y el descompromiso, entre aquello en que cree y aquello que niega, entre aquellos extremos a los que presta el apoyo de una fe ardiente y aquellos de los que abjura, con no menos fervor. En esa oscilación pendular se le explica en gran medida. Y en primer lugar, es característico de la juventud formular esos juicios con el predominante alcance de un reproche moral, de una atribución y una reprochabilidad éticas. Un Estado o una situación o una sociedad decayeron o se arruinaron o descalabraron en un momento dado, en una coyuntura que se cree poder precisar. El joven se dirige a buscar los culpables de ese deterioro entre las propias víctimas que dicen haberlo sufrido. El Zavalita de Conversación en la Catedral de Vargas Llosa, expresa su derrota íntima subsumiéndola en el infortunio del Perú de la dictadura de Odría. Pero los jóvenes no sienten simpatía por los Zavalitas, ni tienen predisposición a creerles; el más quejoso puede ser, a su modo, un culpable, un cómplice o un encubridor. Su desaliento o su cobardía pueden haber gestado muchas quiebras. El joven no cree en los vencidos aunque pueda exaltar a los mártires: Zavalita no es un objeto legítimo de conmiseración, el Che Guevara es exaltado como un héroe o un mártir por la juventud. No hay, de un caso a otro, ninguna contradicción. Hay una suerte de carisma para la muerte que hace que tal índole de héroes sellados ocupe un lugar único en la pura devoción de los jóvenes. El espécimen del héroe derrotado tiene hoy menos hornacinas que antes, desde que la realidad mostró que Cuba y Argelia y Vietnam eran posibles y que sobre esos hitos era factible ponerse a construir algo. Pero ponerse a construir qué y cómo?

El joven se compromete en aquello que cree pero se desentiende, no menos radicalmente, de aquello que descrea. En España se suele hablar del "pasotismo", como una actitud referida sobre todo a los jóvenes. Revisan retrospectivamente la historia que no tuvieron oportunidad de vivir y, como resultado de ese análisis, suelen decir: "si esto es democracia (o si esto es sentido republicano, etc.) yo

paso", como si estuvieran manejándose con las fichas de un juego. A esto se le llama el "pasotismo", como estado de ánimo y como actitud mental: deshacerse de lo que no creen, deslindar posiciones y, en definitiva, proclamar su ajenidad a lo que en modo alguno podría recabar su asentimiento. Es una extraña ideología (sería mejor llamarle el vaciado de una ideología demistificatoria) de la dejación y de la alienación.

El joven siente una exigencia de absolutos en cuya búsqueda suele ofrecer el bien mismo de la vida. En esa ambición suele no tener demasiado prestigio lo factible, sacrificado en aras de lo absoluto. Con esa exigencia de absolutos el joven suele leer a pensadores asistemáticos y revolucionarios, del tipo de Marcuse. Y con esa misma exigencia suele alistarse en la guerrilla y en los modos de la acción directa, menos sospecha de transigencias y de impurezas y claudicaciones que la acción política dentro de cuadros -así esos cuadros sean los de la izquierda.

En una coyuntura alimentada primordialmente en el entusiasmo juvenil por la figura y la cruzada boliviana del Che Guevara -episodio de estirpe romántica nimbado por extremos de martirologio que suelen sacudir la imaginación y excitar la conducta de los jóvenes- tuvo un auge juvenil pasajero pero intenso la prédica del ideólogo francés Régis Debray (hoy asesor del régimen social-demócrata de François Mitterand) a través de su breviario Revolución en la revolución. Que ese folleto se haya difundido a partir de la imprenta oficial cubana, muestra hasta qué punto dos pistas netamente diversificables pudieron en un momento encontrarse y confundirse. Ese momento, según es obvio, ya ha pasado; pero no sin dejar su impronta en la formación de quienes eran jóvenes en la década de los años 60. Esos jóvenes vivieron entonces, fugaz pero ardientemente, la encarnación del absoluto en ellos mismos; y asumieron ese absoluto hasta su último extremo.

Ese deslinde y ese distanciamiento condenan o abandonan a las estructuras tradicionales. Y también a todo lo que quiera hacer del joven un cliente, un adepto pasivo a reclutado, un número a contar con él pero a no tomar en serio.

En ese sentido, la supeditación a una disciplina monolítica de partido, por ejemplo, disgusta a los jóvenes, no merece su adhesión ciega casi nunca y tropieza con su suspicacia muy a menudo. La vieja imagen del club político tradicional (del "clú", como se le ha llamado) tiene ya un desprestigio irrescatable. Pero no es el desprestigio de la política misma sino el de un modo de hacerla. Bastó, verbigratia, que en el Uruguay del año 71 se cambiasen esas formas esclerosadas, anquilosadas, por otras que discurrió el espontaneísmo de las movilizaciones barriales para que se revelase que no era que el joven quisiera mantenerse lejos de la política sino que, hasta ese momento, no había dado con el modo de situarse más cerca. El club político puede ser, en los complejos rodajes del dirigismo en el Estado contemporáneo, un mal inevitable de la intermediación entre ciudadano e instituciones. Aldo Solari se aplicó a demostrarlo

lúcidamente una vez, en un artículo publicado en la Gaceta de la Universidad en Montevideo, bajo el título de Réquiem por la izquierda.^{6/} Pero, aunque el club sea inevitable, el joven prefiere desertar de él, poner distancias y expresarle repugnancia moral y absoluto desapego. Podrá ser bueno para conciencias vencidas y mendicantes, que no tengan inconveniente en supeditarse, a cambio de la ventaja que piensen extraer de su dependencia. El joven -ser joven es una edad del espíritu o de la conciencia, tanto como una edad biológica- no quiere prestarse a nadie, a ningún precio. Si luego, con el paso de sus nuevas edades, toda su cenestesia política cambia, podrá pensar otra cosa. Pero habrá dejado, en ese mismo momento, de ser joven.

Stalin fue un conductor de partido y un ideólogo monolítico (de un monolitismo como tal vez no haya habido otro en nuestro tiempo). Murió en 1953 y en 1956 su sucesor, Kruschev, recusó -en inevitable detrimento de la memoria de su antecesor- el llamado "culto de la personalidad". No es muy seguro que, a pesar de eso, los partidos comunistas (a despecho de la boga pasajera del eurocomunismo) hayan podido desprenderse de los modos estalinistas y de la cosmovisión estalinista; acaso no haya pasado todavía el número suficiente de años para que eso haya podido suceder.

Pero entre los jóvenes, en los mayores números, el fervor de esa actitud ha perdido sentido y ha sido sustituida por la arrogancia de una libertad de lo imprevisible. El fantasma de Stalin -evocado por Sartre a propósito de los hechos acaecidos en Hungría en 1957- sigue planeando sobre el mundo entero, pero el estalinismo como actitud mental de la juventud está evidentemente en quiebra (anotemos el hecho, incluso sin juzgarlo, aunque con ostensible preferencia por el sentimiento y la decisión que apuntan hacia el fondo insondable de la libertad).

El joven actual mantiene muy viva la memoria del escarmiento por sus inocentadas y por sus reveses. Y cree extraer una suerte de sabiduría elemental de la memoria de sus chascos, tomándola de la experiencia de todas aquellas veces en que ha sido defraudado. Es también cierto que muchas veces los jóvenes se adentran en experiencias desesperadas a sabiendas de que lo son, como en una especie de torva indiferencia por el riesgo y por la muerte. Sin perjuicio de que el genocidio de los miles de desaparecidos en Argentina tenga otras explicaciones mucho menos absolutorias para los asesinos que la de un presunto masoquismo de la juventud revolucionaria argentina en las décadas del 70 y del 80, no puede negarse que algunas aventuras bélicas insensatas y descabelladas tienen algo así como un fundamento romántico suicida, que ha labrado la vocación trágica de los "montoneros" tanto como la inflicción del martirio y del crimen que luego cayeron sobre sus cabezas.

Luego de los flujos de la historia sobrevienen los reflujos, luego de los corsi los ricorsi. Desencantados y defraudados por un plano de ambiciones máximas que los excluya, los niegue o los extermine, los jóvenes se han dado recientemente a entregar su energía

constructiva a los proyectos de lo dignamente posible, aportándoles una suma de denuestos individuales que pueden labrarse un espacio más acá de los grandes fogonazos ideológicos de la historia. Tales han sido las empresas de autogestión y, entre ellas, las experiencias del cooperativismo agrario y urbano en América Latina. Ha alentado en ellas la veta de un comunitarismo de raíz sentimentalmente anárquica, que descrea de las panaceas libradas a la posibilidad del Estado y se contrae a las formas de una redención más modesta, inmediata y factible, al socaire de las engafiosas promesas totales del leviatán de este siglo, que es el Estado. El cooperativismo, allí donde exista un mínimo de homogeneidad social que lo viabilice, ha escrito páginas y librado batallas no desdeñables en nuestro tiempo.

Algo de esto ha llevado, sin duda, a una nueva configuración de la izquierda, lejos de lo que ha dado en llamarse "el comunismo tradicional". Una suerte de comunismo de fondo ácrata o libertario, en el cual se descubre -asimismo- la pervivencia de algunos de los planteamientos de Trotski. Esas formas de comunismo de fondo muchas veces nacionalista, ácrata o libertario (ácrata sin doctrina extraído de la II Internacional, en cierto modo ácrata sin saberlo, al modo en que hablaba en prosa el Monsieur Jourdain de Le bourgeois gentilhomme) son las que informan la mezcla de teoría y principios de praxis de la acción directa, por ejemplo en los casos del E.R.P. argentino o del M.L.N. del Uruguay, Se trata de movimientos de jóvenes, salidos a veces de filas marxistas y otras veces de filas nacionalistas, con una borra evidente de desencanto en ambos casos, y asimismo de colindancia de puntos de vista que se podrían haber dado como extremadamente opuestos pocos años antes. En ninguno de los casos se trata de formaciones que alberguen masas multitudinarias de jóvenes ni puedan mayoritariamente hablar en nombre de sentimientos característicos y definitorios de la juventud, en cualesquiera de los casos conocidos. Suelen derivar hacia el terrorismo o vivir predilectamente dentro de él, como es el caso de la banda Baader-Meinhof; y revelan -en muchos de sus componentes- obvios ingredientes de desajuste psíquico en la adopción de temperamentos absolutos o radicales, al modo de los que definieron en su hora a los nihilistas bajo el zarismo o a los anarquistas de la época de los magnicidios o a las bandas fanáticas de musulmanes o de judíos hoy (la confrontación mortal e irreconciliable no obsta a la similitud y aun al calco).

Estos grupos, integrados por jóvenes, son acaudillados también por jóvenes (Daniel Cohn Bendit, Ruddy Dutschke o Ruddy el Rojo, Andreas Baader y Ursula Meinhof, los jefes del I.R.A., etc.). Igual principio de homogeneidad contrastando con la senectud de las cúpulas políticas conocidas, empezando por las del Kremlin, rigió en Sierra Maestra. Estos jóvenes no son, por supuesto todos los jóvenes ni siquiera, numéricamente, una porción muy grande de los jóvenes. pero, en ciertos campos, han jugado la partida por todos y a todo su precio, y nadie les negaría títulos para representarlos.

2. Retrato del indiferente

No es cierto, por tanto, que el joven sea indiferente, en su caracterización dominante o mayoritaria, aunque en términos como este sea absurdo ensayar escrutinios. Pero una galería de jóvenes no estaría completa sin el retrato del indiferente. La indiferencia puede confundirse con la taciturnidad o la demencia y también con la gratuidad y el amoralismo. Son extremos de fondo perfectamente discernible pero, tanto en la realidad como en la creación artística, pueden darse en las zonas de un veteado rico, complejo y, en definitiva, escabroso.

Los indiferentes, que dieron título a una de las novelas de Alberto Moravia, aparecen muy llamativamente entre los jóvenes, dominados en muchos casos por el angst de la originalidad, por el afán neurótico de una singularización que puede conducir igualmente al heroísmo, al crimen, al vicio o al suicidio. Todos conocemos a ese personaje en la literatura, es el autor del acto gratuito en Gide y es el Meursault en El Estranjero de Camus. Es el Eladio Linacero de El Pozo de Onetti, con quien se inició en 1939 un espécimen de la indiferencia moral que algunos endosaron a nuestro modo de vivir urbano en América Latina y tiene en puridad más que ver con Céline que con Montevideo o Buenos Aires de los cuarenta.

Pero no hablamos del indiferente como personaje sino como criatura real, que alienta entre nuestros jóvenes. No hablamos del Meursault que mata al árabe porque el sol de la playa lo irrita sino del delincuente juvenil montevideano que, puesto al volante de un auto robado, atropella y mata a un bombero tan solo por experimentar el ruido de su casco al caer; hablamos de la Albertine Sarrazin argelina, entregada a padres adoptivos que no la entienden, lanzada por su propia iniciativa de adolescente a la prostitución, al asalto y al robo, a la cárcel, al amor y en definitiva a la muerte, camino que recorre en sólo veintinueve años de existencia, dejándonos tres novelas autobiográficas, testimoniales, de un talento narrativo y de un tono moral (o amoral) inconfundibles. Hablamos de esos héroes o antihéroes como Elvis Presley, jóvenes y drogados y adorados por jóvenes que ambicionarían ser iguales a esos mitos; todo dentro del estilo de una comunión juvenil extraña, estridente y ambigua; hablamos de John Lennon, el más señaladamente genial de los Beatles, a quien asesinara uno de sus fans, uno de sus admiradores, en el impulso destructor del más equivoco de los cultos, un Eróstrato que quiere asociarse a su ídolo por el ligamen de su crimen, en un acto de consustanciación y de empatía, de superposición de identidades. El malviviente, el homosexual, el drogadicto ya no son meras estampas discurridas por la pasión creadora, sino criaturas -víctimas, victimarios, testigos- de carne y hueso, en la confusión de un tiempo que eleva juntas las voces de todos ellos porque en cualquier sitio se sospecha que pueda estar la verdad de días tan arduos y cualquiera pueda tener algo que decir y razones para ser escuchado. Es el aire de la época, así se le llama.

Los griegos creían que los elegidos de los dioses morían jóvenes. Pero ni Raymond Radiguet ni Alain Fournier, ni antes que ellos y más importantemente que ellos Arthur Rimbaud se creyeron elegidos de los dioses y los tres -los dos primeros por la guerra del 14, el tercero por el tormento de un martirio que llevaba en el devastado centro de sí mismo y lo llevó a escribir Une saison en enfer antes de los dieciocho años y a callarse por los veinte siguientes, hasta la mutilación de su cuerpo y la horrenda muerte en un hospital de Marsella- se consumieron en plena juventud y a ritmo vertiginoso. La violencia insita en sus destinos podía llevarlos al cadalso por haber violado a mujeres como a Chessman o por haber robado una goma en la infancia, como al desertor en el relato de Enzensberger.

Hay un pathos de violencia que esos jóvenes infligen a los demás o padecen sobre ellos mismos, pero que es -en todos los casos- igualmente gratuita y desencadenante e inexorable y trágica. Esa violencia es, muchas veces, la otra cara de la violencia verdadera, su alternativa dinámica o su apoteosis devoradora.

Si uno mira desde afuera las conductas de los jóvenes, se nos manifiestan a veces como de una violencia histérica cuando aplauden, cuando cantan, cuando se divierten y hasta cuando solamente rien. Pero rara vez nos damos a pensar que acaso esa violencia cotidiana sea el exutorio para un mundo enfermo (para un cuerpo enfermo) inficionado de desigualdad, de injusticia, de hipocresía, baldado por esa contrahechura congelada que suele refugiarse (o ampararse) en el inmovilismo de las instituciones. Y así como la peor forma de terrorismo es la representada por el terrorismo de Estado, la peor forma de violencia puede no ser la que los jóvenes reboten sobre la sociedad sino la que la sociedad aplaste sobre los jóvenes. Algo de esto se halla en la metáfora de la sociedad como una flor carnívora, según la bella invención anónima del mayo 68 francés. Los jóvenes que suelen aparecernos como tan gratuita e inopinadamente violentos, acaso sólo estén muchas veces devolviendo la violencia con que la sociedad los golpea, con que los niega, con que los fuerza.

Ante esa violencia esgrimen su protesta y su rebelión. La rebelión, la inconformidad, su protesta, su agravio por la estafa, su fraude, su chasco: su desencanto. Desencanto, esa palabra de cifra desmitologizante (o demistificatoria, que es lo mismo). Los psicólogos llaman a la adolescencia la edad de la rebeldía, la edad de la protesta y también la edad de la grosería. Es la edad en que todo hombre mata simbólicamente a su padre, la edad del parricidio, en la definición sexual y, por sublimación, en la asunción de la independencia espiritual, de la identidad personal y algunas veces de la creación en el arte. Es la misma edad en que tantos jóvenes (sobre todo los de las ciudades) se compran y embuten esas chaquetas horribles, llenas de letreros, que exponen con un orgullo de egolatría y de inocencia, de soberbia y de rechazo. "Lo que hay de refinado en el mal gusto es el placer aristocrático de disgustar", dijo una vez Baudelaire. Por algo de eso se las ponen, en un acto quizá plurivalente y equívoco: o para engañar acerca de ellos mismos (primera suposición) o para hacer de hazmerriir sobre su propia

situación ridícula y desamparada, o para expresar con humor negro su propia soledad y su no pertenencia a nadie, su falta de apoyos en la vida. A veces incluso desconocen el significado de la leyenda o la broma de su contenido: Rejected from Alcatraz, por ejemplo. Mucho más patético parece un adolescente alto, enjuto y desgarbado, llevando por la Sexta Avenida de Nueva York -aquí sí comprende el alcance de la sentencia- una tricota gris en cuya espalda se lee Who cares about happiness, quien se preocupa por la felicidad o a quien le importa la felicidad, proclamado a una altura de la vida en que se da por supuesto que todos deberían poseerla y desaprensivamente malgastarla.

Hay un nuevo hecho revolucionario en la composición de la juventud actual en América Latina: está configurado por la participación de la mujer. Hoy por hoy es imposible imaginarse a la juventud excluyendo a la mujer. Todo este siglo ha estado jalonado por grandes conquistas de la mujer en materia de sus derechos cívicos, del reconocimiento de su capacidad civil y -aunque en medio a muchas resistencias- de la admisión de los fueros su liberación sexual y de su privacidad de conciencia. Virginia Woolf, en Un cuarto propio, dijo que una mujer, en la época isabelina, no habría podido nunca llegar a ser Shakespeare, al no reconocérsele los mínimos márgenes creadores de la plenitud de su vida privada. Y sin privacidad no hay posible creación.

En América Latina el proceso de esa redención ha sido más duro y difícil que en Europa y, a pesar de los prejuicios dictados por la religión, más arduo que en el mundo desarrollado. Pero hoy, en América Latina y en una gesta que ha descendido desde las clases de vida más holgada hasta las clases populares, la mujer ha llegado a ser una agonista en el hecho social, a igual título que el hombre. Qué es hoy una mujer joven en América Latina? Tampoco esta pregunta admite una respuesta única: en las clases altas y en los grupos sociales más cultos (y muy especialmente en los medios caracterizados por la condición universitaria) esa posición ha sido ya ocupada por la mujer con una plena aquiescencia de su grupo social, en mayor medida que en la clase trabajadora y, aunque parezca extraño, más que en los grupos sociales marginados. Las reivindicaciones del feminismo -como las de los ecólogos- sueñan todavía a planteamientos de sublimación culta e intelectual; pero, más allá de esas proclamaciones articuladas y programáticas, la liberación de la mujer acusa el sentido de una proposición indetenible, en cuyo favor jugarán previsiblemente, cada vez en más, los hechos y las crisis de la historia contemporánea, con las obvias diferencias que al respecto medien entre unas y otras civilizaciones.

Adolfo Bioy Casares escribió hace ya algunos años una fantasía breve y memorable, una de las novelas más melancólicas y punzantes que se hayan concebido sobre la prosaica realidad urbana de una de nuestras ciudades de América Latina, Buenos Aires en este caso. El libro se llamó Diario de la guerra del cerdo y la vicisitud imaginada en él era la de una matanza ineluctable y misteriosa, decretada y ejecutada por los jóvenes contra los viejos, sobre los barrios

bonaerenses. Era una suerte de ilustración dinámica de la ley de los tiempos, sembrada en las noches por las esquinas de los suburbios porteños. El insoportable, insidioso malestar que esa fantasía expresaba, con un ritmo como de ordalia clandestina y parsimoniosa, estaba seguramente preanunciando otras desgracias, acerca de las cuales no hay constancia de que hayan sido perpetradas por los viejos contra los jóvenes, pero sí por alguien contra los jóvenes, con una violencia y un sinsentido y un frenesí que el cauto y maduro, civilizado libro de Bioy no podría haber predicho. Los desaparecidos de la Argentina, los miles de muertos jóvenes de la Argentina, son una respuesta que la vida dio al arte, parafraseando a Wilde. Bioy Casares no podía habersélo imaginado.

Las vicisitudes de los últimos años en varios países de América Latina (revolución en el caso de Cuba, guerrilla urbana o rural en otros países) han abierto el cauce a un proceso de fisuras generacionales y de ruptura en la vida de los grupos familiares, en forma tal que podría hablarse -sin ninguna exageración- de una alegoría del filicidio, a título no menos claro que del parricidio, al cual ya nos hemos referido. En los grupos sociales de exiliados que generó la existencia de la revolución cubana y que fundamentalmente son conocidos por el hecho de su radicación física en Miami, Florida, la disparidad cada vez más radical de entendimiento y de juicio acerca de cuando estaba ocurriendo, entre padres e hijos, llegó hasta extremos de fractura y de crimen. La insolidaridad de los jóvenes a quienes se había hecho emigrar en sus infancias con sus padres y el progresivo proceso de aproximación y comprensión que ellos experimentaron hacia el régimen cubano, informan el sentido de movimientos como el del Grupo Areíto y el contenido de revistas y publicaciones como Contra viento y marea. En el caso de otros exilios latinoamericanos se han dado asimismo distanciamientos, si no tan restallantes no menos categóricos. Y psicólogos, ensayistas, analistas y psicoterapeutas han hallado en esa realidad un rico registro humano de reacciones que abarcan problemas de convivencia entre los integrantes de la pareja conyugal, conflictos en las relaciones entre padres e hijos, etc. Las actitudes de los padres, ante la conducta y las determinaciones de sus hijos, ante sus actos y decisiones de índole política, van desde los extremos de la reprobación, de la incomprensión y del repudio más ciegos y dolorosos hasta las formas emocionales más transidas de la sublimación, de la entrega y de la adhesión más incondicional, con toda la gama de consecuencias que ambas disposiciones de ánimo suscitan.

En el caso de los jóvenes radicalizados en sus comportamientos políticos -ora se mantengan los grupos sociales en los sitios habituales de su existencia, ora hayan tenido que derivar, por efecto de las persecuciones, hacia el destierro- suelen darse los rasgos simbólicos del filicidio tanto como los de la exaltación desmedida de la importancia de los jóvenes en las relaciones del grupo familiar. La alegoría de Saturno devorando a sus hijos, pintada por Goya, y la alegoría inversa pero igualmente macabra de los jóvenes victimando a sus genitores han ilustrado truculentamente los procesos de definición de millares de jóvenes en esta hora de la vida en América Latina.

3. El perfil de lo anómalo

El joven virtuoso tiene poca historia o su historia es aburrida y no excita a los lectores. Imaginarse los abismos del vicio -para decirlo con una frase melodramática, que está en el estilo de la misma suposición- parece mucho más interesante y, claro está, tiene más lectores. Es famoso y reciente el caso de una mujer que se ganó el Premio Pulitzer, en los Estados Unidos, con el relato pretendidamente testimonial y científico del niño que se inyectaba heroína. Al descubrirse la impostura, el premio ya concedido le fue quitado. Se estimó en mayor medida la superchería que la condición creadora del récord.

Revistas, magazines, incontable literatura de quiosco sigue contándonos, semana a semana, la historia del desalmado joven que mató a su madre o victimó a su abuela. Los jóvenes tienen el siniestro privilegio de ser preferidos para esta clase de crónicas, que se devoran las ascensoristas y hasta los choferes de taxi en cuanto se les da la breve tregua de una luz roja.

Y así ha cundido, entre la gente imaginativa y desprevenida, la especie de que la juventud es especialmente depravada o perversa, especialmente cruel, especialmente sádica. No se cuenta, como diría Amado Nervo, la historia de las mujeres honradas. Sencillamente no existe.

Se usa a veces el término genérico de malviviente para designar a quien vive en zonas próximas o lindantes con las del delito, desde la vagancia y la mendicidad hasta los tráficos clandestinos aunque no directamente criminales (el que lucra con objetos contrabandeados sin haber participado en el contrabando, etc.). Desde que se nos ha impuesto a todos la importancia de la drogadicción, ella ocupa el centro de la franja: el drogadicto es una víctima y el narcotraficante es un criminal que vive a expensas de él; pero las relaciones entre uno y otro suelen ser participativas y suscitar modos de connivencia y adhesión, al igual que las de la meretriz y el rufián.

El joven drogadicto marca la existencia de un verdadero problema social y no debe ser torpemente incluido sin más entre los delincuentes aunque a menudo, por la necesidad que le crea su adicción y la forzada obtención de medios para procurarse la droga puede llegar a la criminalidad: roba para comprarla, asalta para comprarla, mata por ella o meramente se entrega a traficarla como forma de financiarse su vicio y su dependencia. Criminalistas y toxicólogos distinguen entre las formas veniales y blandas (como el acto de fumar marihuana) y las formas destructivas y duras (como el consumo de heroína, la droga más feroz y la más cara); a la larga, y especialmente en el joven, ambos hábitos se tornan disolventes, deletéreos, devastadores de la personalidad y hasta de la vida. El joven drogadicto, si no se recupera espontáneamente o es tratado, al paso del tiempo está perdido. Y su parasitismo y dependencia, su supeditación tiránica y

viciosa suelen empujarlo a otras formas del malvivir y la criminalidad. Aunque la marihuana y la amapola se cultivan obviamente en los campos -cuando no en los rincones escondidos de las ciudades- el consumo de la droga no es el problema de la juventud rural, excepción hecha de quienes se dediquen a su producción, que en todo caso son los menos. Es -en cambio- el problema de vastos sectores de las juventudes urbanas, incluyendo a las de los medios universitarios y a las clases altas. Por imitación, por modos sociales del contagio y asimismo por las formas de neurosis o desequilibrios que crea la vida de las ciudades en muchos jóvenes, es en los medios urbanos donde la alarma creada por el consumo de la droga adquiere las dimensiones de una cuestión preocupante. Quienes estudian con criterio científico estos hechos señalan lo que en ellos hay de efecto de otras causas (vinculadas a problemas que se arrastran desde el clima familiar hasta la misma constitución psicopática del sujeto) y lo que hay de novelería, de imitación y de esnobismo en el comienzo de muchas carreras, que luego suelen tornarse indesarraigables.

En muchos de esos casos es evidente un inicial acento de protesta, de rebeldía y de afirmación personal, así sea por la adopción de una práctica descarriada. El joven que fuma marihuana busca no sólo la tregua transitoria de su pequeño paraíso de beatitudes individuales sino, asimismo, modos de comunión o de convivencia, paradójicamente en el oasis de solidarias soledades en compañía. Los jóvenes se alían y se crean vínculos -de los cuales saben que, en alguna forma insidiosa, están segregándolos de los demás jóvenes y agenciándoles un aura prestigiosa de "malditos" -cuando se asocian para dividirse el costo y repartirse un montón de cigarrillos de marihuana. Y la sublimación de esa condición de excluidos, de proscriptos y de malditos, que aguza y estimula la fantasía de muchas mentes juveniles, los lleva a proclamar, en los muros de las universidades y a veces a garrapatear -para negarlos- al borde de carteles políticos que hablan de otras revoluciones, viva la marihuana, o viva la mota, como suele escribirse.

En muchos casos de consumo de droga por parte de los jóvenes existen, raigalmente, problemas de soledad, de hambre de comunicación y de impotencia para comunicarse, en una sociedad que no ha sabido crear mitos, por lo menos a los ojos de los jóvenes; y que les depara la sensación angustiosa de niebla circundante, de bloqueos y de falta absoluta de salidas.

Todo esto se da muy a menudo en el cuadro de una mitología afin. Se consume marihuana en acto conjunto con el de leerse -entre iniciados- poesía generalmente mala y bisofía y propia, y más a menudo aún con el de sumergirse en la onda de una música -muy frecuentemente rock- en la penumbra y en el aturdimiento de las disquerías cuando no, más pobre y modestamente, a la orilla de una máquina tragamonedas. En tal supuesto el gesto de consumir droga es sólo parte de un rito, el detalle de un culto exclusivo, eventualmente agresivo y, en su más pura expresión, solipsista, segregativo y taciturno. Ese culto tiene también sus dioses, que suelen participar o haber participado en toda la parafarnelia de semejante religión: para citar a uno de los más

característicos y notorios -y a uno de los consumidos por la misma devoción que padecía y sembraba- es suficiente nombrar aquí otra vez a Elvis Presley.

No todos los jóvenes, ni siquiera una mayoría de ellos, se droga. La frecuencia del mal ha sido registrada en medios urbanos y, paradójicamente, en estratos sociales caracterizados por haber recibido una aceptable educación y hasta disfrutar de formas relativamente sofisticadas de la cultura. En las clases social y económicamente más deprivadas en un hecho de perfiles menos acusados, aunque el mal sentido de una "democratización" de las prácticas debe ser muy atentamente observado: además de ser menos destructiva, la marihuana es más asequible que otras drogas y en los medios universitarios -que en algunas ciudades tienden a convertirse en medios masivos- es la más divulgada. Asimismo, la drogadicción de los pobres (que echan a hervir resinas y se intoxican con la saturación de los vapores) podría suscitar inquietud, si se extendiera. En todo caso, todas estas prácticas deben merecer formas de educación dirigida a la juventud y encaminada a hablarle en el tono de la persuasión y de la veracidad, sin suscitar los miedos y las estigmatizaciones morales, sin ensayar los modos de una satanización que ya se ha revelado contraproducente, si no inútil.

Ya en 1984 nadie que se precie de pensar es tan simplista como para considerar que la homosexualidad es un vicio o importa, per se, una práctica degenerada. Es posible que en materia de libertad sexual y de privacidad de las opciones sexuales se alardee más allá de donde se sienta, se aduzcan fueros de desprejuicio que en lo más profundo no se adopten. Muchos de los librepensadores que se jactan de no tener prejuicios raciales lamentarían, casi como una vergüenza, que una hija suya se uniese a un negro o que su hijo fuese homosexual. Las malformaciones que vienen desde el fondo de una tradición no son de extirpación tan dócil: el corazón tiene sus razones, como en la frase de Pascal.

Pero si la homosexualidad no es, en sí, un vicio, sino la asunción de una forma de la libertad, el homosexualismo de los jóvenes (no hablamos de otro) puede tener, en sus orígenes al menos, motivos sublimantes que lo acerquen a algunas formas de la drogadicción; y puede gestarse en parecidos estratos del autoritarismo familiar y suponer las vetas de un parricidio encubierto y solapado. Sartre explicó luminosamente, a propósito de Jean Génét, cómo unas marginalidades atraen a otras, como la reprobación ambiente hacia un modo de ser, una conducta o una práctica, estimula a adoptar otros parangonables, a cuenta de mayor número de transgresiones y - por qué no?- a cuenta de mayor número de liberaciones. En su niñez, dice Sartre, Génét se sintió moralmente autorizado a robar ya que era homosexual y a ser homosexual ya que robaba.

En nuestras sociedades -y otra vez es el caso de decir "en nuestros medios urbanos"- los homosexuales hombres y las mujeres lesbianas, los jóvenes homosexuales se han sentido llevados a más: a sublimar su condición, tras haberla asumido con naturalidad y

proclamado con orgullo, como forma de expresar una protesta y embanderarse en un estilo de la libertad que el común de su propio medio escarnece. En países que por décadas y décadas han entronizado formas bastas y ofensivas del culto del machismo, han surgido movimientos sociológicamente muy interesantes, de jóvenes hombres homosexuales y mujeres lesbianas. En México, por ejemplo, editan sus manifiestos, auspician confesiones públicas de escritores e intelectuales, organizan protestas contra una brutalidad que, a falta de o en junción con otras persecuciones y flagelaciones de proscriptos, se ceba absurdamente en ellos. Y han convocado a marchas en que agregan a esos objetivos literalmente libertarios una ideología revolucionaria, que no se detalla pero se afirma. A la primera de esas marchas el PSUM, partido comunista de México, adhirió enviando a un representante, a fin de que participara en la oratoria del mitin. Lo que hoy se ha dado en llamar la cultura gay tendrá que ser algún día tomada en serio. En tiempos anteriores sus apóstoles (Gide por ejemplo) no habían aspirado a formar un partido ni a hacer proselitismo. Pero en estos días de los ecologistas y de la amenazada destrucción atómica del mundo, los planteamientos pueden empezar a ser otros.

4. La delincuencia de los jóvenes

La llamada delincuencia juvenil ha merecido de los especialistas cientos de reflexiones y miles de páginas. Una de las afirmaciones que hoy ya no se discute es la de que se trata de una criminalidad de causación exógena en mayor medida que endógena. O sea, que la incidencia de los factores del medio, de los desajustes que se le plantean al joven en su conducta e influyen en su comportamiento prevalece sobre las motivaciones o los impulsos y estímulos que se hallen en la propia constitución psíquica del sujeto. Las especulaciones lombrosianas sobre el criminal nato o atávico están hoy en plena revisión, aunque no en absoluto descrédito. De todos modos, para esa zona irreductible hay que seguir pensando en los sanatorios y hospitales o asilos más que en las cárceles o reformatorios. Se está frente a enfermos y, en algunos casos, frente a dementes y no frente a sujetos conducidos por su libre albedrío (con lo que ese puro arbitrio voluntario tiene de precario y de inconsistente en muchas coyunturas) y, que, por tanto, sean responsables de sus actos. En los supuestos que, para simplificar, llamariamos normales, el hecho del joven delincuente aparece en mucho mayor medida determinado por fuerzas externas a él que originadas en él. El entorno es más decisivo y fuerte e incontrastable que la entraña, en el caso del joven, todavía no formado y expuesto a la obra de tantos impulsos deformantes.

A pesar de esto, en nuestros países no se discurre -en la mayoría de los supuestos- otro expediente práctico más constructivo que el del proceso penal y la cárcel; como si se tratara de los males de la libertad y frente a ellos, dialecticamente, debieran obrar los diques de la prisión. Las cárceles, en América Latina y en el mundo entero, son horribles. Y en el caso de muchos delincuentes

ocasionales o accidentales, jóvenes o aun maduros, ofician a modo de depósito meramente segregativo, si se les mide por el término mismo de la reclusión; y como emporios del crimen, si se les mide por el futuro de muchas carreras delictivas que se originan, contraen y afirman en los vicios, las experiencias y los conocimientos que depara la primera prisión preventiva. Las estadísticas criminales lo demuestran, en el elevado índice de las reincidencias. Por eso mismo, muchos criminólogos son partidarios de sustituir la pena detentiva corta, sobre todo en el caso del primario, por otras terapias.

Pero la sociedad mueve también las fuerzas de su alarma y de su sentido de la defensa social o de la seguridad social. Y en sus manifestaciones y en las opiniones de su prensa y en la oratoria de sus parlamentarios pide mayor severidad en las penas y más draconiano rigor en los tratamientos carcelarios, toda vez que se halle conmovida por la evidencia de un delito (o de una ola de delitos). Ir a las causas suele ser más engorroso. La primera y más elemental de las formas de la tranquilidad social finca en el encierro del culpable: cuanto más largo mejor, así ocurra que la época de reclusión sirva luego como catapulta en las carreras de quienes una vez han delinquido. El sentimiento popular entiende que si hay delito -y en una sociedad no puede dejar de haberlo, como sostuvo Durkheim- "la culpa es del Código Penal", por su lenidad o benignidad; del Código Penal y de las leyes, por las facilidades que, en ese supuesto de la imaginación común, cualquier flexibilidad o liberalidad de trato suministra al delincuente a fin de hacerlo reincidir. Es una idea-fuerza inconmovible, profana y primitiva, que no se rinde a las pruebas en contrario ni a los números de las estadísticas ni al beneficio de la individualización de la pena. Cárceles cada más duras, cárceles perpetuas, pide el sentimiento popular para sentirse defendido y dejar, casi inmediatamente, de pensar en la cuestión.

Es paradójal esa credulidad profana en la providencia de las cárceles por parte de la masa de población más desfavorecida, que debería ser quien -en buena lógica- menos creyera en ellas y las sintiera implantadas en sus existencias como una amenaza más sombría y concreta, por ser la más expuesta a sus rigores. Hay, entre los pobres y los humildes, un sentimiento irracional de búsqueda de la propia seguridad -en medio de la desposesión y de la pobreza- por la vía de castigar, reprimir y sancionar a los otros. En el pueblo mucha gente Cree en las cárceles, en el entendido de que ellas se erigen para precavernos de los otros, sin advertir que históricamente las cárceles se han colmado siempre con gente extraída de las clases populares, que son aquellas que menos prestancia social tienen llegada la hora, para sustraerse a las formas de la represión más indiscriminada, irritante e injusta.

Pero si todo esto es aberrante en prácticamente todos los casos, lo es especialmente mucho más cuando se trata de la delincuencia de los jóvenes. Mariano Ruiz Funes sostuvo una vez que el niño era un ser pre-social y amoral. Y las calificaciones se extienden muchas veces a los adolescentes y a los jóvenes, aunque en rigor hayan dejado -biológicamente- de ser niños. En alguno de nuestros países la prensa

y los opinantes sueltos inventaron alguna vez una expresión inefable: hablaron de los delincuentes "infanto-juveniles" (al cabo de unos años cesó de usarse la palabra y nadie reclamó por su paternidad, pero las leyes -entretanto- ya se habían dictado). Periódicamente se plantea la exigencia de abatir legislativamente el límite de la edad biológica a partir del cual el autor de una conducta puede ser responsabilizado, declarado penalmente imputable. Los reformatorios, la tuición de menores no convencen a nadie, ni el Estado, atendido a resguardar otras necesidades y doctrinas de la seguridad, tiene fondos para gastar en albergues y en establecimientos correccionales, en ensayos de colocación familiar y otros medios que la ciencia discurre pero que no logran el menor efecto de persuasión sobre los profanos. Abatir la edad límite de la imputabilidad criminal significa adelantar el reloj a muchas carreras posibles y y/o evitables que se amasan en las cárceles. Pero hay un reflejo social asegurativo, incluso en las gentes más humildes, que sólo respira y descansa si otros humildes están presos. Y en los últimos años, con la boga de la doctrina militarista de la seguridad nacional, levantar más cárceles, habilitar más cárceles, edificar más cárceles, ha llegado a adquirir el rango de una política. Con el agregado de que esas nuevas, duras y más rigurosas cárceles son destinadas a los presos políticos y, entre éstos, la predominancia del cautiverio de los jóvenes es cada vez sombríamente más pesada.

5. Cómo se organizan y en qué creen los jóvenes

Es imperioso volver a puntos más afirmativos, más sustancialmente optimistas, en la innegable medida en que la existencia de los jóvenes, por mandato de su plenitud vital, en definitiva es tal.

Cómo se juntan los jóvenes y en qué creen? En quiénes creen, cómo se relacionan entre ellos, de qué hablan, qué escriben, qué leen, qué hacen en sus ocios, cómo se divierten?

Hemos ido deslizando algunos esbozos de todos estos tópicos en las páginas que anteceden. Pero se hace preciso atar algunos cabos, en medio al desorden connatural a una meditación predominantemente espontánea y, en homenaje a la índole de su tema, siempre libre.

Hay algunas pautas saludables a recoger y afirmar. Alfred Sauvy habló hace algún tiempo de "la montée des jeunes", del ascenso de los jóvenes. Aunque fuera una reflexión principalmente atinente a comprobaciones de naturaleza demográfica y a cifras sobre la media de las edades -que en América Latina son, de un país a otro, disímiles en grado aunque predominantemente altas y pujantes (Sauvy hablaba de la Francia de postguerra)- el ascenso de los jóvenes en el cuadro de las edades, tema del cual hemos ya ido desgranando algunos porcentajes y las consideraciones a que tales porcentajes autorizan, tiene proyecciones sociales y políticas de la mayor importancia, que este 1985 conmemorativo de la juventud no debe perder de vista.

Si en América Latina uno de cada cinco habitantes es un joven, ese hecho tiene muy obvias proyecciones de presente y de futuro, que las recomendaciones finales tienen puntualmente que albergar, llegados al trance de las recapitulaciones. Pero, entre tanto cómo (y no ya solamente cuántos) son esos jóvenes, cómo se comportan, en quiénes creen, qué creen, cómo se distienden en sus recreaciones, de qué asuntos platican, de qué temas escriben, sobre cuáles materias leen con mayor inquietud y más apasionado interés?

Hemos aludido a un estilo joven y distinto, que los jóvenes -cuando están situados en el nivel cultural y dotados de la formación que los habilita a tener audiencia- tratan de imponer como el sello de su presencia específica. El de la juventud es un tema que se pasa con la edad, suelen decir sarcásticamente los escépticos. Han visto desfilar junto a ellos, aducen, generaciones y generaciones de jóvenes cuya propuesta era, invariablemente, la de cambiar el mundo. Y luego esos jóvenes han madurado y luego han envejecido y se han plegado a los sedicentes dictados de una cordura más realista, resignada y melancólica. Y el mundo ha cambiado, sí, pero por los factores de su propia urgencia, no por los factores que empujaban, una vez y la otra, a la urgencia de esos sucesivos jóvenes. Toda edad tiene el pundonor y el engreimiento -el falso egocentrismo, diríamos- de ser una edad diferente, una edad de crisis y una edad crucial. Pero es posible que ésta, en que los dueños del mundo manejan la alternativa de liberar la fuerza del átomo con tan desaprensiva crudeza, sea realmente esa edad de encrucijada que tantas otras anteriores, a la hora de su hora, han presumido ser. Miremos entonces hacia los jóvenes, en esta antesala del prometido exterminio. Su emplazamiento, quizás trágico, no basta a hacerlos mejores ni peores. Pero convengamos en que contribuye a presentarlos como cualitativamente diferentes.

Hay signos de ese cambio, por lo demás, y ellos no son necesariamente de origen tan catastrofista ni de implantación tan negativa. Por una paradoja muy explicable, las travesías y penurias reciente han producido algunos frutos satisfactorios. Es el caso, de que ya hablamos, de la nueva mentalidad de los jóvenes sindicalistas de América Latina. En tanto la estagnación y el endurecimiento en el favor oficial han perpetuado a conductores sindicales envejecidos y cerrado temporariamente el paso a los nuevos, en aquellos otros medios donde el sindicalismo ha sido fogueado en la negación, las pruebas, los reveses y la persecución ha respondido con dirigentes jóvenes y muy diversos a los de la generación anterior, tan políticos y obreros como ellos pero más dúctiles, independientes y con un sentido más trascendente y menos rutinario del entendimiento de los valores de la disciplina laboral. Ahí están Lula en Brasil, Seguel en Chile, Reed y Ciganda en Uruguay, entre otros de sus pares igualmente desinhibidos y enérgicos, fáciles de distinguir de la planta rígida, partidista y en la sustancia de las cosas muy tributaria de los líderes obreristas clásicos de unas decenas de años atrás, tiempos de bonanza comparativamente mayor.

Otro tanto comienza a acontecer en los cuadros de los partidos políticos que luchan porque se emerja del desastre de décadas de dictadura militar, en varios países de América Latina. Que esa necesaria renovación de los cuadros políticos proyecte hacia la vida institucional y gubernativa de nuestros países a estudiosos del hecho social como Dante Caputo o de la ciencia como el Dr. Manuel Sadowski en Argentina o a legisladores con los títulos traídos de otros campos como el eminente ensayista y sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso, son hechos auspiciosos que obran como contrapartida de tantos desastres y pueden tonificar la fe de nuestras juventudes, tan expuesta a desalientos ante la comprobación frecuente de los méritos reales de la condición del político en nuestras repúblicas.

Y un cambio de mentalidad muy semejante parece advertirse en el caso de los dirigentes estudiantiles.

No todos los conductores que surgen de las filas de la oposición política son netamente jóvenes en esta fase de la propuesta de transformación en América: Leonel Brizzola ya no lo es, para hablar de uno de los más importantes, ni Raúl Alfonsín tampoco. Pero las renovaciones que ya se adelantan o planean en Argentina y Brasil tendrán el signo de una reacción novedosa y saludable y otro tanto se puede esperar, a plazo más o menos corto, para otros países como Uruguay, Venezuela y Perú.

Las palabras mensaje y compromiso, de exagerada boga hace unos pocos años, se hallan hoy semánticamente muy desgastadas y hay que sustituirlas, porque son los vocablos y no las ideas implicadas en ellos los que han envejecido. Con estos u otros nombres, las "comunidades cristianas de base" que funcionan en Brasil bajo el favor y amparados por el prestigio de la Iglesia y los llamados "comités de base", que sustituyeron a los clubes partidarios (y rejuvenecieron su estropeada imagen, en el Uruguay de 1971) pueden ser sitios adecuados para que los jóvenes se reúnan, sin el monitorazgo de nadie, del mismo modo en que pueden juntarse en las asociaciones estudiantiles, las agrupaciones laborales o profesionales y hasta los centros deportivos y culturales, sospechados en las fases de persecución y que ahora, en tiempos comparativamente más calmos, podrían empezar a revalidar su existencia.

Los jóvenes han desgarrado muchos chalecos de fuerza en los últimos años, se han quitado de encima otros, casi sin que los mayores lo advirtiesen. Instituciones tales como los talleres de escritores y los cursos para impartir educación estética existen de un modo discreto, podría decirse que casi sigiloso, y se montan a veces dentro de hogares ofrecidos para esos fines. La ocasión para que los jóvenes intercambien experiencias generacionales y lecturas, cuando no las primeras pruebas de su propia escritura o de su aprendizaje en música y pintura, suele darse en cualquier lado y su espontaneidad y desorden pueden ser sólo aparentes, al tiempo que ayudan a los jóvenes a ser, lejos por igual del interés protector de los mayores y del acecho de la represión de los regímenes más duros. Tampoco aquí hay que adelantar los relojes. Una nueva generación florece y se despliega a

partir del instante en que ha ganado su sitio y persuadido a todos acerca de la necesidad de su existencia, como las ramas en la conformación de un árbol. Ya dijo Píndaro que las generaciones de los hombres son como las generaciones de las hojas. El joven puede estar llamado a ser naturalmente (y sin afectación) un naif, puede recorrer su camino desde zonas de inocencia y chapuceo, desde zonas de imitación o bajo el alerón de los discipulazgos. Las escuelas, en arte (literatura, pintura, grabado, música) no son malas por ellas mismas; pueden llegar a ser estériles, en cambio, si se amaneran, si permutan su antigua convicción de autenticidad y originalidad por las trampas del cada vez más redomado oficio.

Qué leen los jóvenes, qué escriben los jóvenes? Predominantemente poesía, dicen sus maestros y los estudiosos. No porque les parezca el género más fácil, que en modo alguno lo es, y acaso en algún sentido sea el más ingrato: con relación al número de quienes se sienten practicantes y convocados, es el sitio en donde habrán de ser menos los verdaderamente elegidos. Un narrador mediano y un ensayista escrupuloso pueden sentirse emplazados a llenar una función, a ocupar un espacio, a considerarse legitimados por su necesidad. Un poeta de relleno es una pieza social sobrante y es un joven atisbado por los fantasmas de la ociosidad creativa, la frustración y el fracaso. Si aparecen más poetas que novelistas y dramaturgos, eso se debe fundamentalmente a que el joven que se lanza a la aventura de sus primeros escritos se ve espiado, flanqueado y en definitiva atisbado por las imaginaciones de la inconclusión y de la muerte. Y el compromiso de la creación poética, aun siendo cualitativamente el más intenso y exigente, tiene la ventaja de confrontar a los enfrentamientos más breves y delimitados, a los hitos terminales más cercanos. Cuando se descubre el fondo de insatisfacción y de chasco que distingue a estos deslumbrantes sortilegios, a menudo se ha avanzado ya lo bastante para que cunda el desaliento de recomenzar: se está en puntos de no regreso, como en las trayectorias aéreas. Lo otro son las revoluciones: y las revoluciones, dentro de un joven y dentro de un hombre maduro son tan raras como en las sociedades, si no más.

Y entretanto, como actores llamados a salir al escenario en un día próximo, los jóvenes se preparan leyendo o escribiendo (o pintando y, en común a todas las vocaciones, desechando, desestimando y rompiendo). Cada generación se siente naturalmente llamada a decir lo que nunca fue dicho antes, en el modo en que nunca fue dicho antes. Paradojalmente, comienza tratando de decirlo por las vías de la influencia y de la imitación. Para los jóvenes latinoamericanos la década de los años 40 fue la del lorquismo, la década de los años 60 la del nerudismo; más tarde a la fama llegó, como una cumbre fuera de tiempo, en su capciosa posibilidad de desnudez esquelética, sufrimiento y ascetismo, César Vallejo. De momento, el espacio de ese compás generacional -que Julián Marias ha pautado a intervalos de quince años- ha aparecido ocupado por grandes nombres dominantes, tan grandes y tan dominantes como los mencionados. Pero una mayor paciencia y un detenimiento más prolijo hacen saltar luego los nombres de los cabezas de fila, que son en definitiva quienes recogen primero

y ceden o traspasan después las postas de la carrera. Ellos son quienes cosen la puntada de la continuidad con los años, por debajo de los otros juegos encontrados de superficie.

Los jóvenes se rinden con devoción a una moda tal como la de la canción de protesta; y los gobiernos suelen jugar su necesaria carta en tal partida, prohibiéndola. La canción de protesta vale como el además de rehusarse a ser estrangulado, expresa una fluencia incontenible y torrenciosa, sin que cuenten los estigmas de lo pasajero, de la repetición y del cansancio. En los momentos y en los trances en que aparece, la canción de protesta tiene un virtual sentido insurreccional en bocas de la juventud, como en su hora La carmagnole o la Internacional. Una canción de protesta caída en la rutina, en el academicismo o en el favor oficial es, por sí misma un contrasentido. Pero la realidad muestra que esos contrasentidos no son imposibles y que, en el revés de la trama, pueden recobrar todo su significado.

La canción de protesta ha sido, como el libelo clandestino y el samizdat ruso de nuestros días, una forma de expresarse contra la sofocación ambiente, contra el buscado unanimismo y el oficialismo de las opiniones incontrastables e irresistibles en los regímenes autoritarios. Acaso no haya sido sustancialmente muy diverso, en los orígenes, el proceso de surgimiento anónimo de las canciones de gesta en la Edad Media.

La canción de protesta ensaya el camino de una disidencia y trata de convertirla en una pasión militante. Entre todas las tentativas de objeción de conciencia y de salida humana a un sentimiento de rebelión popular, la llamada canción de protesta es la que cuenta con las preferencias de la juventud, lo cual es fácil de comprender si se atiende a su contenido emocional y conceptual vertido en el plano de lo más sencillo y accesible, a su sentido de comunicación de un mensaje y a la pegadiza y fácil trasmisibilidad de sus formas verbales y melódicas, todo lo cual supone elementos que obran como alicientes de una necesidad y urgencia de comunicación que se experimenta casi como vital en los tiempos más torvos y opresivos. Reconvertida una sociedad a las formas más libres de expresión, la canción de protesta ha cumplido su finalidad y puede dejar paso a otras formas del folklore. Pero no por eso dejará de existir, si bien podrá asumir -al renovarse- un sesgo de más gozosa exaltación y un acento menos beligerante y contestatario, tal cual ha ocurrido en la España actual. En los tiempos más duros y asfixiantes el pueblo suele encontrar el camino y el modo de decir muchas de sus verdades y prestar oído a las verdades ejemplares de su historia, esa misma historia que suele descuidar en los días felices.

6. El exilio perpetuo

Qué hacemos, por último, con los exilios no transitorios sino perpetuos, con los exilios sin regreso, con las trasculturaciones que se originan en la fatalidad del hecho económico y no tienen reversión posible?

Ese fenómeno de la juventud de una cultura labrándose un sitio jadeante y comprimido entre culturas más antiguas y más poderosas, ese caso de un arte de ser joven como una necesidad para seguir alentando de algún modo en otro sitio, está dado por uno de los hechos más apasionantes de la realidad social de hoy en América Latina: la que señala la presencia de los chicanos en los Estados Unidos. Y es un fenómeno social de la realidad social de América Latina por más que, en cuanto mexicano ya ambientado en los Estados Unidos y más aun como hijo de mexicano emigrado, que ya ha nacido dentro del territorio de los Estados Unidos, el chicano vive materialmente fuera de América Latina.

La historia empieza por tomar el nombre de las "espaldas mojadas" (wet shoulders) de los emigrantes o intrusos que, sin documentación y sin permiso de las autoridades norteamericanas, franquean la frontera, por el Río Bravo o por donde sea y, guiados por los baqueanos y cómitres que lucran con el hecho de enseñarles el paso o el vado, se adentran en los Estados Unidos. Hay un mercado de trabajo -el nativo- que, por sus defectos de conformación, no encuentra modo de darles ocupación y los expulsa. Hay otro mercado de trabajo que advierte otras ventajas económicas en la condición ilícita de ese tráfico y los deja pasar y los recluta y les da empleo; les da empleo en faenas que los nacionales se resisten a asumir o les da empleo en los oficios duros, pagándoles mucho menos de lo que al nacional le pagaría, marginándolos de los beneficios sociales como al nacional no podría marginarlo, explotándolo sin misericordia. Ese estigma de iniquidad patronal está en el origen de la condición misma de los indocumentados. Deben trabajar por lo que les ofrezcan, en las condiciones que les ofrezcan y sin posible protesta, porque no tienen sus papeles en forma y, ante cualquier incidente, pueden verse enfrentados a soportar la extorsión; se les echa del empleo y se les echa del país con la misma facilidad, con la misma impunidad.

El mexicano indocumentado no es, pues, un exiliado típico sino un contraventor expuesto a la posibilidad de ser llamado a cuentas, encarcelado, golpeado, proscrito. No hay políticas internacionales sobre refugiados a su respecto, está a merced de leyes norteamericanas que los discriminan como a los seres humanos y a los obreros más desfavorecidos, más desinvertidos de todo fuero de protección laboral, hasta de todo respeto humano. Ha entrado al país por obra de un tráfico del cual no puede luego desprenderse y que lo saquea, humilla, estruja y maltrata. Y el país del cual es oriundo nada hace ni nada puede hacer, porque está atado por la misma clandestinidad del ingreso y por la imposibilidad de retener al emigrante con una oferta consistente de ocupación, si él se ve abocado a regresar al suelo natal.

En estos mismos días se discute el proyecto de ley Simpson-Mazzoli, que da otra vuelta de tuerca a la condición de ese paria social, de ese intocable sin religión que es el indocumentado.

Con las maniobras y los artilugios más variados -todo eso infamado por las alcahueterías de un tráfico hipócrita, que nadie llama por su verdadero nombre, en lo que es uno de los episodios más increíbles de lo picaresco de la vida de nuestros países- ese indocumentado va durando, siempre con el sello de la precariedad, siempre vulnerable y sin la certidumbre de afianzarse jamás en un sitio personal legítimo, protegido y estable. Va durando y, entretanto, se va desvaneciendo el sueño de su vuelta. Ni abandona su idioma originario ni se rehúsa (no podría rehusarse, siendo carne de las peores condiciones del empleo) al idioma del país en que vive. Los mezcla según cuotas pintorescas, de las que nadie tiene el secreto consciente y que el tiempo va fraguando, aquí sí, con solidez indestructible. Tal habla es un híbrido, como la de los portorriqueños, como la de tantos emigrantes sin retorno.

En el fenómeno de las apariencias sociales su aclimatación reconoce sucesivas etapas, que no podemos más que nombrar; es primero el pocho, que quiere ocultar como una vergüenza su condición de origen; es más tarde el pachuco que, con una desfachatez peor que la fase de su miedo, a través de vestimentas estridentes y del peor gusto, como homenaje a una condición ambiente de nivel de consumo más alto que el propio, proclama su rango de advenedizo social.^{7/} Y luego, en la siguiente generación, con la entereza de asumir su nacionalidad ya híbrida y una cultura heterogénea y sujeta a baldón y a opresiones, es el chicano, hijo espurio de un país que lo admite a regañadientes. Los chicanos, raza y cultura jóvenes, suman millones y millones en los Estados Unidos; en tiempos de elecciones su voto es cortejado y adulado. En tiempos de la guerra imperial su cuerpo suele ser reclutado, a combatir y a morir por un suelo en el que sigue siendo extraño. Es un ciudadano de segunda, con los deberes de los ciudadanos de primera.

No es un exiliado, decíamos. Los exilios se mantienen en la certidumbre o en la ilusión de ser pasajeros, de ser transitorios. Eso mismo hace que la cultura traída ya al derivar al medio del asilo, sea la que cuenta; y que el signo de lo provisional y de lo inestable socave cuanto pueda estarse creando en el interregno. En el caso del chicano no ocurre eso. Se ha incorporado a una sociedad, aduce o practica un dualismo de nacionalidades y -esto es lo que ahora nos importa- en el esfuerzo hecho por los jóvenes trata de obtener la expresión de una cultura nueva, hecha a pedazos, de aluviones dispares. Construye sus escuelas y se educa en ellas, en cierto modo con mentalidad de ghetto. Pero decora los muros de esa escuela si se siente pintor y, en el trance de la creación aflora en él lo mexicano y la tradición de la cultura de que proviene: se inventa un muralismo a ratos ingenuo y pueril, pero con indudables remanencias del gran muralismo mexicano de los años 30. Y escribe y hace su novela y hace su teatro y empieza a elaborar su cine. Esa presencia atiborrada y deforme, con las trazas del acarreo de lo popular y de una condición culturalmente tosca de que el chicano no se recata ni avergüenza, es uno de los fenómenos más rudos, desparejos y vitales de cuantos esté hoy protagonizando una juventud de raíz latinoamericana. En las ruedas de los diálogos inter-presidenciales, los dignatarios políticos

tratan el tema con urbanidad, pudor y el sentimiento coincidente de darse más largos plazos. Pero, dentro de uno de los países más ricos y poderosos del mundo una cultura de los pobres y los discriminados eclosiona y estalla, a veces con fuerza salvaje, y señala la presencia de un acto estimulante de juventud, actuado por millones de criaturas.

Algún día los gobernantes acabarán por entenderlo y lo asumirán con el grado de trascendente responsabilidad en que hay que afrontarlo.

III. TEMPERAMENTOS, SOLUCIONES, DESEOS, RESPUESTAS?

Participación, desarrollo y paz, dicen las pancartas relativas a la juventud y a los objetivos de su movilización para 1985. Participación y desarrollo y participación en el desarrollo son, en puridad, dos objetivos mínimos y elementales. Sin una mayor participación de los jóvenes en la vida de nuestras sociedades, poco o nada será lo que pueda lograrse, en el sentido de un efectivo progreso social. Dentro de esos moldes o en ellos hay que verter enexcusablemente los contenidos. Porque hacer participar en mayor grado a los jóvenes supone, a su vez, mantener con relación a ellos una más satisfactoria capacidad de empleo que la actual y, a esos fines, cumplir y universalizar prácticas y sistemas de enseñanza que permitan alcanzar esas metas de mayor integración. En el tronco mismo de toda política destinada a conseguir una mayor participación de los jóvenes en la vida de nuestra sociedad, está implícita la necesidad de dotarlos mejor, de hacerlos más aptos, de incentivar a su respecto su actual competitividad. Y eso reclama universalizar de modo efectivo, más allá de las simples declaraciones, nuestros sistemas de enseñanza, en forma de que lleguen al mayor número, en todos los medios (urbanos y rurales) sin que su más amplia extensión se obtenga pagando el precio del abatimiento de los niveles y de las exigencias con que debe ser impartida. El fundamento de una verdadera revolución en los sistemas de enseñanza está, pues, en la raíz de todas las consecuciones posibles. En el caso de la enseñanza media el desiderátum de toda universalidad está ligado a un principio cierto, real y no irrealista de obligatoriedad. Lo cual implica una política del Estado que, sin perjuicio de las opciones dadas al educando y a los responsables familiares indescartables de su formación -los padres- ponga en manos del Estado la adopción de una política que ataque en su causa las deserciones, ya que por ellas los ciclos no se completan, las bases no se cumplen y, en una ecuación social bien entendida, los costos del sistema aumentan, incurren en el dispendio que es connatural a su ineffectividad y, en últimas cuentas, claudican en sus fines y en la verdad misma de su filosofía social y de sus contenidos técnicos.

La universalización efectiva de la enseñanza media está indisolublemente vinculada al realismo de sus proyecciones, a su coeficiente de aplicabilidad, al hecho de que ella sea puesta al servicio de lo que una sociedad quiere y precisa, una vez determinado

lo que esa sociedad quiere, como lo quiere y por qué y dentro de qué límites lo precisa. Una enseñanza que no circule, en un sistema de vasos comunicantes, con la posibilidad de empleo que el medio social ofrezca a los jóvenes, sólo sirve para perder tiempo en la vida de los jóvenes, para fracasar en el cálculo sobre la duración y el costo de los ciclos y para sembrar la frustración después de haber convocado al esfuerzo.

Y en la enseñanza a nivel superior, esa correlación viva con las posibilidades, satisfactores sociales y grados de empleo social de que el medio pueda estar dotado, debe ser el tronco de una política educativa seria, bien meditada y cumplida hasta el fin: preparar un exceso de antropólogos, sociólogos y psicólogos para un medio que carezca luego de la menor probabilidad de darles empleo es incurrir en lo que Alejandro Alvarez llamó una vez, con expresión insuperable, "progreso manuscrito". Sería tanto como colmar de expertos en bibliotecnia a un medio donde luego no existieran los libros.

Ese contenido de indeclinable realismo -realismo en los contenidos de la enseñanza y en la dimensión de sus aprovechamientos naturales por el medio social- es insoslayable. En la tradición liberal y de raíz europea (más concretamente, francesa) de nuestra enseñanza superior, pensada para los cuadros de otra sociedad, se han cultivado hasta el exceso los males de un enciclopedismo postizo, sin posible comunicación ulterior con la realidad ambiente. En los hechos, ese falso dimensionamiento y esa desmesura, con bajos coeficientes de auténtico rescate, ha creado el exceso de costos y el exceso de años de aprendizaje, al tiempo que (todo está ligado) las deserciones, las fallas en un sistema de planificación social a cargo del Estado y la desorientación, la incertidumbre y el fracaso en las carreras y las vidas de muchos jóvenes. Querer crear humanistas al tiempo que profesionales y prácticamente en un solo haz o en un solo y mismo plan de enseñanza, conduce inevitablemente a no crear ni aceptables humanistas ni buenos profesionales, suscitando la quiebra del sistema a niveles insoportables por lo dispendiosos. Llegar hasta el fondo en una tarea de esclarecimiento de metas y objetivos es, en desnudo rigor, lo primero, la misión de asentar los pilares y las llaves de un sistema de educación. Si éste queda mal fundado todo lo demás quiebra, con los eminentes peligros que en el plano social y en la existencia individual de cientos, miles de hombres jóvenes ese yerro en previsiones y cálculos suscita.

En buen romance, pues, mayor participación y mayor desarrollo -mayor participación en el desarrollo- supone más efectivos y universales sistemas de educación, asentados en el terreno social más realista, con clara visión de los factores sociales que han condenado al caos a tantas políticas educacionales generosas pero soñadoras, quiméricas e irrealistas.

El otro, el tercero y último objetivo enunciado en las pancartas es tan primordial y contundente que en sus tres letras se cifran el progreso o la destrucción del mundo, el mejor logro de las políticas sociales o, con el alcance más craso, el final y la ruina de todo: se

enuncia con la palabra paz. Es la principal palabra de que puedan proclamarse acreedores los jóvenes, puesto que -habiéndose avanzado menos que los adultos y los viejos en el camino de la existencia- son los que tienen un más ancho margen de crédito natural para seguir viviendo.

La perdurabilidad de la paz, supuesto básico de todo posible progreso, está condicionado al extremo de que pueda evitarse el enfrentamiento de las dos superpotencias. Porque si, en la medida de la perspectiva que crea su armamento atómico ese cotejo se produce, la guerra siguiente tendrá que librarla la Humanidad con hachas de sílex, como dijo alguien. Supuesto que quede Humanidad para hacerlo sobre la faz del planeta.

Hasta ahora, en la preparación, en las estrategias (esperemos que disuasorias) y en los simulacros de esta larga guerra fría, cebada a nivel experimental atenuado sobre campos menores, todos los personajes que sean otros que los dos actores llamados a los papeles principales no tienen otro cometido que el meramente amortiguador y expectante. Y todo lo que se ha discurrido, en conferencias y en organismos internacionales, aparte de idear trabas, vetos e interdicciones más verbales que efectivas, es precaver la simple posibilidad efectiva de que una amenaza de este tipo se materialice. Y no hay otras garantías que las apostadas a la cordura de los contenedores y al cálculo que cada uno de ellos debe haber hecho, acerca del menguado botín que le tocaría en el fin del mundo. Paz no es, por tanto, tan solo una mera ansiedad de la juventud. paz implica, nada más ni nada menos, la única alternativa de sobrevivir que le queda al mundo.

NOTAS

1/ Soler, Ricaurte, Idea y cuestión nacional latinoamericana, México, Siglo XXI, 1980.

2/ Pirenne, Henri, Historia económica y social de la Edad Media, México, FCE, 1939.

3/ Nora, Simón y Minc, Alain, La informatización de la sociedad, México, FCE, 1980; Balle, Francis et Eymery, Gérard, Les nouveaux médias, París, Presses Universitaires de France, 1984.

4/ Lombardi Satriani, L.M., Apropiación y destrucción de la cultura de las clases subalternas. México, Ed. Nueva Imagen, 1978.

5/ Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García, el vampiro de la Colonia Roma, México, Grijalbo, 1979.

6/ Solari, Aldo E., Estudios sobre la sociedad Uruguaya, Mudeo, Arca, 1966.

7/ Paz, Octavio, EL laberinto de la soledad, México, Cuadernos Americanos, 1950; ver también Ramos, Samuel, El perfil del hombre y la cultura en México, México, Ed. Pedro Robredo, 1938.